

*Con un ingenio poderoso y un solidario e incondicional compromiso con las causas más acendradas en los dolores de la Patria, sus obras nuevas se nutrían de las pasadas, haciendo de su corpus dramático un estudio integral, entrañado y sólido de lo que fueron sus juicios sobre la condición racial y colonial puertorriqueña. **Caso del muerto en vida** es hija de su obra corta **Un cuento de Hadas** y fue además el sabio preámbulo de lo que sería su obra maestra **Vejigantes**.*

MUERTO EN VIDA, versión del dramaturgo Roberto Ramos-Perea, es la eterna conversación de una obra escrita en los últimos meses de 1950, con las vigentes preocupaciones sociales y raciales del año 2022.

En ella se demuestra el poderoso imaginario de Arriví, evidencia de su primado lugar como el más importante dramaturgo puertorriqueño del Siglo XX.



DRAMÁTICA NACIONAL # 3

ROBERTO RAMOS-PEREA
Sobre la obra de FRANCISCO ARRIVÍ

MUERTO EN VIDA

DRAMA MESIÁNICO EN DOS ACTOS



MUERTO EN VIDA. de ROBERTO RAMOS-PEREA sobre la obra de FRANCISCO ARRIVÍ

DRAMÁTICA NACIONAL # 3

MUERTO EN VIDA

MUERTO EN VIDA

Colección Dramática Nacional # 3
Ediciones Tapianas



INSTITUTO
ALEJANDRO
TAPIA Y RIVERA

ROBERTO RAMOS-PEREA
sobre la obra de
FRANCISCO ARRIVÍ

MUERTO EN VIDA

MUERTO EN VIDA

Drama mesiánico en dos actos

COLECCIÓN DRAMÁTICA NACIONAL # 3

Ediciones Tapianas
Instituto Alejandro Tapia y Rivera
San Juan de Puerto Rico
Edición Limitada
2022

MUERTO EN VIDA

Drama mesiánico en dos actos

de ROBERTO RAMOS-PEREA sobre la obra
CASO DEL MUERTO EN VIDA de Francisco Arriví,

está completamente protegida bajo la Ley de Derechos de Autor, en Puerto Rico, Estados Unidos y países con relaciones recíprocas. Queda totalmente prohibida su reproducción por medios mecánicos, electrónicos, digitales, cibernéticos y/ o fotográficos. Los derechos de reproducción, representación profesional, aficionada, estudiantil o universitaria, cine, radio, televisión, vídeo privado, lectura pública, citas más allá de extensión razonable, así como adaptación y traducción a idiomas foráneos, son de absoluta propiedad de su autor y/o su sucesores directos o depositarios autorizados y están sujetos a regalías. Para información o petición de derechos debe dirigir correspondencia al Instituto Alejandro Tapia y Rivera. Correo electrónico: IATR.pr@gmail.com. O por escrito a Instituto Alejandro Tapia y Rivera POBOX 260968 San Juan, Puerto Rico 00926-2633. Ediciones Tapanas. Colección Dramática Nacional.

© Ramos-Perea Roberto 2022

Derechos registrados de **MUERTO EN VIDA**

Drama mesiánico en dos actos de ROBERTO RAMOS-PEREA sobre la obra
CASO DEL MUERTO EN VIDA de Francisco Arriví, San Juan de Puerto Rico: Ediciones Tapanas del Instituto Alejandro Tapia y Rivera, 2022. 90 p.

Primera Edición: 200 ejemplares.

© Roberto Ramos-Perea. 2022

Derechos Reservados conforme a la ley, registrados en la Oficina de Copyright. Biblioteca del Congreso. EU. Washington.DC.

Portada y diagramación: L. J. N. Bertrand. Dijon, France.

Esta publicación se logra
gracias a un donativo legislativo de la
Comisión Especial Conjunta
de Fondos Legislativos para Impacto Comunitario.



Francisco Arriví en 1956

For JACOBO CORDOVA CHIRIN
MUERTO EN VIDA

Se Presenta "Caso Del Muerto en Vida"

For Alfredo Nattila

Paco Arrivi ha estrenado una nueva obra teatral que viene a aumentar su producción escénica —ya bastante copiosa— y a demostrar la constante progresión de este autor hacia un perfeccionamiento de primer orden.

El Muerto en Vida es, co-

Literariamente, Interpretación por 1 mieron en el ten tuvo a s inquieta y fú la fuerza del una religión encontré me, nada de su p dad trágica conjunto dij

EL CASO DEL MUERTO EN VIDA

Originalidad de Obra Augura L.

Anatomía Espiritual de un...

Por WILFREDO BLANCO
JOSÉ DE SÁENZ



La pregunta es esta: ¿existe el alma? ¿es la esencia de la vida? ¿es la fuerza que impulsa al cuerpo? ¿es la luz que ilumina el camino? ¿es la fuerza que impulsa al cuerpo? ¿es la luz que ilumina el camino? ¿es la fuerza que impulsa al cuerpo? ¿es la luz que ilumina el camino?

TEATRO TAPIA
TINGLADO PUERTORRIQUEÑO

CASO DEL MUERTO EN VIDA

Francisco Arrivi

Presencias en orden de aparición

- | | | |
|-------------|-------|------------------------|
| Miguel | | Miguel Ángel Álvarez |
| Eduardo | | Alberto Torres |
| Pepito | | Juan Ortiz Jiménez |
| Cecilia | | Margot Vargas |
| Carla | | Madeline Wilkerson |
| Don Esteban | | Edmundo Rivera Álvarez |
| Rafaelito | | Paco Arrivi |
| Timoteo | | Juan Ortiz Jiménez |
| Lola | | Flavia Lago |
| Antonio | | Pepacho |

BIOGRAFIA INCONCLUSA DE U



como a Allí pue sidad d cuenta tical tro, cis 6

En el Teatro

York le sobe. toda actividad que en más teatro. Gora y Tapa los de la escena: el realismo poe... de Street Car Named Desire.

Caso del Muerto en Vida, o del Vivo en Muerto, si desea llamarlo

Arrivi Montará En El Teatro Tapia Obra 'Caso Del Muerto En Vida'

For SIXTO TORO CINTRON

UNA CONVERSACIÓN...

El drama ***Caso del Muerto en vida***, dirigido por su autor, se estrenó en el Teatro Tapia con ruidoso éxito el 25 de abril del año 1951, y la crítica la consagró entonces como una de las obras más relevantes del nuevo teatro latinoamericano. Los argumentos eran muchos y sólidos. Su mezcla de las técnicas del teatro del absurdo europeo, su filiación al candente y necesario tema de los prejuicios raciales, y la ingeniería dramática que la sostenía fueron los atributos más celebrados de aquel recordado estreno. Francisco Arriví consagraba con ella su sólida carrera como el dramaturgo más importante de Puerto Rico en todo el siglo XX.

Con un ingenio poderoso y un compromiso solidario e incondicional con las causas más acendradas en los dolores de la Patria, sus obras nuevas se nutrían de las pasadas, haciendo de su corpus dramático un estudio integral, entrañado y sólido de lo que fueron entonces sus revolucionarios juicios sobre la condición racial y colonial puertorriqueña.

Caso del muerto en vida es hija de su obra corta ***Un cuento de Hadas*** y fue además el preámbulo de lo que sería su obra maestra ***Vejigantes***.

En el árbol frondoso de sus temas, las confrontaciones raciales fueron el tronco de sus preocupaciones como intelectual. Sus raíces y sus experiencias, fueron el fundamento para una urgente y nueva concepción del estado moral y social del puertorriqueño en medio de dos guerras y un inacabable conflicto. Por un lado, la Guerra de Corea y por otro la guerra revolucionaria que lideraba entonces Pedro Albizu Campos por la libertad e independencia de Puerto Rico.

Y sumado a ello, el conflicto heredado las luchas raciales en Alabama y Georgia, provocados por las aún vigentes leyes del Jim Crow y las gruesas salpicaduras de éstas en Puerto Rico donde el Ku Klux Klan, organizado y criminoso, se paseaba por las calles del Condado y habitaba en los corazones de nuestros colonizadores comerciales de la posguerra¹.

Con el tiempo, los aspectos formales de la obra "envejecieron" ante el regreso paulatino de los dramaturgos del siglo XXI a un teatro más de palabra que de espectáculo, más al sin sentido presente que a la complicidad con el absurdo salvaje. Muchas de las convenciones dramáticas del psicologismo absurdo utilizadas por Arriví, que asombraron entonces, hoy nos provocarían una sonrisa. Pero no

¹ Para ahondar en este tema en relación con la obra de Arriví ver la edición crítica: Arriví, Francisco. *Vejigantes*. Drama en tres actos. Nueva edición revisada, ampliada y autorizada por el autor. Estudio preliminar y edición crítica de Roberto Ramos-Perea. San Juan, Puerto Rico, Publicaciones Gaviota. Colección Teatro. 2022.

así su contenido, ni las brillantes referencias al presente racista que no cambia nunca.

Por eso, sentíamos el deber de revivirla, enfatizando en nuestras condiciones presentes, que estaban prohibidas de discutirse en San Juan por el poder del racismo sistémico de la década del 50 del siglo XX.

Influenciado además por dramas de reconocimiento mundial como el **Brand** de Henrik Ibsen o las obras freudianas de Henri R. Lenormand (en especial *El tiempo es un sueño*), abonan mucho nuestro mayoritario interés en revisitarla.

Su texto original aún conserva resabios breves de aquel teatro español de concesiones y efectos (herencia lla-gosa del peor teatro echegariano-, pero impone su originalidad a todas estas presiones, por lo que siempre merecerá nuestro merece más profundo respeto y estimula nuestra urgencia de verla, por ser la madre y el útero donde se concibe ese monumento a la nacionalidad que es **Vejigantes**, sin duda alguna, nuestra obra teatral más importante de todo nuestro siglo XX.

En la presente versión, el que suscribe reformuló varias cosas, sin tocar para nada su arrojado contenido. Por esto y no por otra razón, se hace siempre la salvedad que el presente texto es una conversación entre dos autores dramáticos, -uno discípulo del otro²- y la presente obra lleva sus dos nombres.

² El autor de esta versión, que estas notas suscribe, fue discípulo del Maestro Arriví desde la década de los ochenta hasta su muerte, además de

En primer lugar, eliminamos las convenciones de la época que no corresponden a los presentes estilos de montaje actuales. No fue la intención de Arriví el haber escrito una obra pétrea, inamovible de su contexto, cuando gozaba de un tema no resuelto ni social ni políticamente. Por lo que su carácter de “clásico” resiste las nuevas visiones de las épocas en las que ésta se lleve a escena.

En segundo lugar, realizamos adaptaciones a la contemporaneidad de los años 50. Introducimos referencias históricas de ese momento que hubiesen sido censuradas al autor, aunque permanecieron implícitas en el texto.

En tercer lugar, resolvimos y clarificamos las incertidumbres del final con respecto a la doble personalidad del protagonista, dudas que Arriví cargó a lo largo de su vida y que ahora finalmente, dan a la pieza la redondez que no se le permitió entonces. Sobre todo, ¿quién era Rafael y quién era realmente Leonardo? Si se establecía una lucha entre los dos, ¿quién terminó siendo el ganador de esa batalla? ¿Era Leonardo el “mesías” de un nuevo humano, era él mismo ese humano maravilloso que buscaba ser? Entonces, ¿quién era Rafael si no era su propia duda, la víctima no inocente del sistema racista de su tiempo? El final demandaba una profunda reflexión sobre el fruto de las semillas sembradas a lo largo de los dos actos.

Como éstas, algunas otras inconsistencias de la ingeniería dramática de su tiempo, fueron resolviéndose con

claridad en el transcurso de la reescritura y la conversación de dos dramaturgos que se respetaron inmensamente.

MUERTO EN VIDA es el resultado de las hondas reflexiones que sobre la raza aún siguen palpitando en el país.

El Instituto Alejandro Tapia y Rivera, que honra la vida y la memoria del primer dramaturgo puertorriqueño que trajo a discusión severa y valiente el tema de estas atroces desigualdades hijas de la infamia esclavista, honra al Maestro Arriví como fiero defensor y exponente de los más profundos conflictos puertorriqueños, los conflictos del ser que tanto le obsedían, con los que ahora, gracias a su herencia como arma, los podemos seguir combatiendo.

Roberto Ramos-Perea

Instituto Alejandro Tapia y Rivera.

Marzo de 2022

**Esta versión será estrenada el 11 de junio de 2022
en el Teatro FRANCISCO ARRIVÍ del
INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA
por la COMPAÑÍA NACIONAL DE TEATRO del
INSTITUTO ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.**

MUERTO EN VIDA

de **ROBERTO RAMOS-PEREA**,
sobre la obra **CASO DEL MUERTO EN VIDA** de **FRANCISCO ARRIVÍ**

REPARTO:

La Mulata – ASTRID AYALA
Rafael (Leonardo) – ISRAEL SOLLA
Carola – GINA FIGUEROA HAMILTON
Miguel – NELSON ALVARADO
Don Esteban – JESÚS AGUAD
Lidia – MELISSA REYES
Antonio – JOSÉ CHEMA URRUTIA
Tomás – LUIS JAVIER LÓPEZ
Pepo – RUBÉN ROSARIO
Cambucha – MARÍA ISABEL CRUZ ROLÓN
Mujeres y hombres - Belkis Colón, Yaria Hernández, et al.

Ficha Técnica:

Coach ENERGÉTICO - ÁNGELA MARI
LUCES - MAESTRO QUIQUE BENET
UTILERÍA, AMBIENTACIÓN – FLORENTINO RODRÍGUEZ
VESTUARIO – NELSON ALVARADO
REGIDOR DE ESCENA – VANESSA ALICEA
ASISTENCIA DE DIRECCIÓN – SONIA RODRÍGUEZ
MUSICA ORIGINAL – HUGO SEBASTIÁN
Agente Fiscal – JULIÁN RAMOS TRABAL
Producción EJECUTIVA – JAIYSLINN GONZÁLEZ
Dirección General de ROBERTO RAMOS-PEREA

MUERTO EN VIDA

Drama mesiánico en dos actos.

PERSONAJES:

La Mulata

Rafael

Carola

Miguel

Don Esteban

Lidia

Antonio

Tomás

Pepo

Cambucha

Los músicos

La acción se desarrolla en San Juan de Puerto Rico en el año 1952.

ESCENARIO: Amplio espacio que servirá de varios lugares. A la izquierda, inmenso palmar, a la derecha, una pequeña escalera nos lleva a la terraza del Café del Mar. Allí, una mesa, dos sillas.

Cerca, entre las palmas, el batey de la bomba.

caso del muerto en vida

DE FRANCISCO ARRIVI



TEATRO TAPIA

25, 26, 27, 28 y 29

DE ABRIL a las 8:30 p. m.

MUERTO EN VIDA

ACTO PRIMERO

I

Al comenzar, un ardiente baile de bomba se cocina entre varias mujeres y hombres. Timbaleros enfurecidos de gozo exprimen un cocobalé fogoso, que baila una hermosa mulata.

Los hombres beben y fuman, y entonces llega Lidia, joven y hermosa mujer de unos 30 años, los observa desde la terraza, fumando también. Es la hora mágica de la tarde muriendo.

En su recorrido, la Mulata se detiene agitada frente a Miguel. Miguel tiene 30 y largos. Es alto, corpulento, viste muy bien y es obvia su imagen de pequeño empresario progresista. La Mulata le agradece su sonrisa.

MULATA.— *(En misterio.)* Hay cosas en la vida... que nos obligan a vivir de mentira en mentira.

MIGUEL.— ¿Por qué dices eso?

MULATA.— Por si acaso. *(Inicia mutis para continuar su baile.)*

MIGUEL.— Espere... ¿Han visto por aquí a un hombre alto, de pelo negro, algo desgarbado... a lo mejor lo

conocen. Es periodista, trabaja en el *Diario de Puerto Rico*, es mi mejor amigo y bueno... quedamos en vernos hace varios días y no he podido dar con él...

MULATA.— (*A los timbaleros.*) Aquí el amigo pregunta si hemos visto a... su amigo. (*Los timbaleros se encogen de hombros.*)

MIGUEL.— Es... el es blanco, y...

MULATA.— Aquí nadie le ha preguntado el color.

MIGUEL.— Perdón, no quise... solo lo dije porque...

MULATA.— Aquí entre nosotros hay blancos también. (*A uno de los que bailan.*) ¿Verdá mulato, que tú eres blanco? (*El hombre le contesta jocoso: "¡Ni en la rabadilla, mi santa!". Todos ríen.*)

MIGUEL.— Discúlpeme, es que pensé...

MULATA.— Sí. La gente piensa mucho en eso del color. Ya lo sabemos. ¿Cómo se llama su amigo? Digo, por si lo veo. Aquí todos nos conocemos.

MIGUEL.— Rafael. Rafael Altamira.

MULATA.— ¿Y usted está seguro de que se llama Rafael?

MIGUEL.— Es mi amigo desde que éramos niños.

MULATA.— Digo yo, y... ¿viene él aquí con frecuencia? Mire que, para alguna gente encopetá, este sitio está "prohibido". Y usted se ve muy pintiparao para tener amigos por este barrio. ¿Está seguro de podría estar por aquí?

MIGUEL.— No lo sé. A veces siento que no lo conozco tanto. Tiene razón. Todos los seres humanos.... Todas las personas, a veces somos... dos personas. Y a veces...

MULATA.— Una estrangula a la otra. A veces usa máscaras, a veces son vejigantes por fuera y hombres por dentro...

MIGUEL.— Los vejigantes representan el mal, la máscara, lo malvado del hombre.

MULATA.— Y si fueran hombres por fuera y vejigantes por dentro...

MIGUEL.— Ese no sería Rafael Altamira.

MULATA.— Pues venga, señor... usted que muy muy muy blanco tampoco es. *(Suena un golpe de bomba.)*

MIGUEL.— No, no lo soy.

MULATA.— Ni negro ni mulato tampoco... *(Suena un golpe de bomba.)* Usted es de los míos, ¡canela! *(Los bomberos y los demás, blancos y negros, ríen.)* Entre, entre a nuestro batey y díganos como es ese... ese que tiene ¡Altamira! Dígame, ¿quién es ese Rafael? Digo yo, por si algún día lo veo por aquí... *(La Mulata mira a Lidia sin disimulo. Lidia sale de la terraza.)*

Suena un sicá muy dulce y suave.

II

Miguel entra al batey, las gentes se aprestan a escucharlo. La Mulata vuelve junto a él.

MIGUEL.— Conocí a Rafael cuando éramos mozalbetes. Ese momento mágico en que niños ricos y pobres, blancos y negros nos fugábamos a jugar juntos por las calles

adoquinadas del viejo San Juan. No tardé a quererlo, como el resto de los muchachos... por su nobleza de carácter. Parecía comprender cosas que los demás no entendíamos... El ejemplo de sus padres quizás. Habían sufrido dignamente las miserias y el prejuicio pues tenía, como tenemos todos, parientes negros.

MULATA.— ¿Y tu agüela, aónde tá? (*Todos ríen.*)

MIGUEL.— (*Se quita su chaqueta y se sienta junto a los músicos que lo escuchan, al igual que los demás con gran interés.*) A su padre lo botaban siempre de los trabajos por que era socialista y hablaba de eso mucho en los talleres y en los muelles. Ustedes saben como se tratan aquí a los socialistas. (*Todos asienten.*)

MULATA.— Es que aquí los más pelaos se creen gringos, blancos y millonarios. (*A uno de los músicos.*) Menos tú, mi santo, que eres prieto, pobre y como yo de Loíza, ¡pero con orgullo! (*Todos ríen.*) Venga, siga su cuento, mi amigo.

MIGUEL.— Su madre trató de pasar por blanca para conseguir empleo, pero el chisme, la maldad, los vejigantes.... y ella era orgullosa de su raza; aceptó vivir con su color sin cubrirse. Era gente sencilla y buena, fuerte de espíritu.

MULATA.— Así pasa, esa es la vida de toditos aquí en este país.

MIGUEL.— Madre y Padre inspiraron en Rafael un gran respeto por el ser humano, sin importar su condición, ni su raza.

MULATA.— Bueno, ¡eso es una mira bien alta! Sí, señor.

MIGUEL.— De estudiante universitario aún se le veía entre ricos y descalzos, entre blancos y negros compartiendo amistad sin prejuicios, buscando unir personas que las separaban el dinero y el color de la piel.

MULATA.— Pobrecito, no debe haber durado mucho en ese empeño, porque mire cómo andamos todavía.

III

Entra Rafael, joven delgado, de piel blanca. Hay en su rostro una expresión angustiada y noble. Intenta siempre hablar con reposo, en el cual, no obstante, se trasluce un alma en conflicto entre sueño y circunstancia. Viste camisa informal de estudiante y una chaqueta de periodista algo desgarrada. Mira al cielo fumando apacible.

RAFAEL.— (*Abstraído.*) ¡Este cielo purifica el alma! Este cielo borra los horizontes. (*Busca.*) ¡Pepo! ¿Dónde te metiste? ¿Qué te pasa?

PEPO.— Nada. (*Le saca un cigarrillo de su bolsillo y lo prende. Pepo es un muchacho de piel mulata y pelo crespo.*)

RAFAEL.— ¿Te molesta que te pregunte?

PEPO.— Es.... Asuntos de mi hermana.

RAFAEL.— ¿Tienes una hermana? No me lo habías dicho.

PEPO.— Nadie lo sabe... nadie debe saberlo.

RAFAEL.— ¿Por qué?

PEPO.— Porque estudia aquí, en esta Universidad. Nos hemos cruzado con ella en los pasillos... y... ayer mismo

me pidió que... esto es una... (*tira el cigarrillo.*). Me pidió que no quería que la vieran conmigo, que no la acompañara, que no me juntara con ella.

RAFAEL.— ¿Qué le hiciste?

PEPO.— ¿Qué le hice? Rafa.... No entiendes nada. Cambucha es blanca. Tiene el pelo rizo, pero es blanca... ¿qué quieres que te diga?

RAFAEL.— Pero ¿y eso qué tiene que ver? ¡Es tu hermana!

PEPO.— Y encima eres ciego. ¿Qué color es este? (*Se toca.*)
¿Ah?

RAFAEL.— ¿Pero eso que importa?

PEPO.— Ella no quiere nuestra vida. Esta Universidad, en vez de enseñarle su oficio, le está enseñando a ser quien no es... ¿cómo es posible que me rechace en público, yo soy su sangre, carajo! Ella quiere ir a las fiestas con sus amigos blancos, quiere que la inviten al Escambrón, al Casino, a la Sororidad, a todos esos sitios donde yo, que soy su hermano, ni quiero ni puedo ni me interesa entrar.

RAFAEL.— Pero no por eso la has dejado de querer.

PEPO.— Por supuesto que no. Ni ella tampoco a mi, pero ¿hasta qué extremo del prejuicio tenemos que llegar para que ella pueda aspirar a ser feliz?

RAFAEL.— Vamos, no lo tomes así; es obvio que hay ciertos círculos en este país que...

PEPO.— Y la Universidad es uno de ellos. ¡Ya solo falta que me linche el Ku Klux Klan! Entiéndelo, Rafa. Para nosotros, no puede haber prejuicios tolerables.

RAFAEL.— Lo entiendo. Pero por eso mismo llora demasiada gente.

PEPO.— ¡No voy a tolerar el prejuicio, punto! No lo voy a justificar, no lo voy a entender.

RAFAEL.— Es tu hermana.

PEPO.— *(Después de una pausa, en la que parece llorar de rabia.)* Lo voy a combatir. Precisamente por eso. Porque se trata de mi hermana. Mírala... ahí viene con Miguel. Van para el baile de la Sororidad. Esos bailes de blancos.

RAFAEL.— Pero Miguel no es blanco. Pasa por blanco, pero no lo es. Y él no tiene problemas con eso.

PEPO.— Pero Cambucha sí. ¡Qué contradicción, hermano! Mira, no me ha visto. Mejor me voy, no quiero tener otra escena.

RAFAEL.— Si te vas, toleras el prejuicio.

PEPO.— *(Asombrado por la verdad de la frase de Rafael.)* Es verdad. ¡Otra contradicción!

RAFAEL.— No te vayas.

PEPO.— *(Suplicándole a Rafael.)* Que no me vea. *(Va a irse, pero Rafael lo detiene por el brazo con firmeza. Se queda de espaldas a Rafael mientras la pareja se acerca.)*

IV

Llegan del fondo risas de Cambucha y de Miguel. Cambucha puede pasar por blanca. Su pelo es lacio y su piel perlada, pero ciertas

características indefinibles revelan su mestizaje. Viste de baile. Miguel muy elegante, se acerca a saludar a Rafael. Cambucha queda unos pasos detrás.

MIGUEL.— *(Con alegría sincera.)* ¡Rafa!

RAFAEL.— ¿Qué tal, Miguel?

MIGUEL.— ¿No vas al baile?

RAFAEL.— No. Bueno, tú sabes por qué no.

MIGUEL.— Ya, olvida eso y ven.

RAFAEL.— Allí... distinguen entre... ricos y pobres, entre blancos ...y negros,

MIGUEL.— Olvida eso. Es una sola noche, y vente a bailar.

RAFAEL.— No, amigo querido. Hay cosas que nunca se olvidan.

MIGUEL.— *(Solo para Rafael.)* ¿Y tú te crees que yo soy a “hundred percent white”?

RAFAEL.— No te preocupes, estoy pasándola muy bien aquí con mi hermano Pepo. ¿Lo conoces?

MIGUEL.— Nos hemos visto, pero no tenía el gusto. Hola, Pepo. Miguel Arriví para servirte. *(Le tiende la mano. Pepo la suya. Con una sonrisa helada.)* Esta es Cambucha, una querida amiga mía, que vamos para el baile y... Cambucha *(Que parecía absorta.)* Este es mi amigo Rafael y su amigo Pepo; Rafa estudia conmigo en Humanidades...

Cambucha mira a Rafael e inclina brevemente la cabeza, luego mira a Pepo que

la mira intensamente.

PEPO.— Encantando señorita, Cambucha. (*Pepo le tiende la mano.*)

CAMBUCHA.— (*a punto del llanto.*) Encantada.

MIGUEL.— (*A Rafael.*) Deberías venir al baile. Carola me ha dicho que te quiere conocer, estudia Economía Doméstica y su padre es el dueño del *Diario de Puerto Rico*, nada menos.

RAFAEL.— Sé perfectamente quién es Carola.

MIGUEL.— Pues vamos, ven. Nos divertiremos.

RAFAEL.— Y mi amigo Pepo, ¿podrá entrar?

MIGUEL.— Pues... (*Se rasca la cabeza.*) Lo podemos tratar.

CAMBUCHA.— (*Con súbito arranque.*) Yo no merezco vivir. (*Sale corriendo.*)

MIGUEL.— ¡Cambucha! ¿Pero qué le pasó? Déjame ir a ver..., los veo luego, perdonen... hasta luego, Pepo... es que... Rafa, ya nos veremos. ¡Cambucha! (*Sale. Tras ella.*)

PEPO.— Terminará haciendo lo que hacen muchas como ella. Irse a Estados Unidos. Como si allá no hubiese mil veces más prejuicios que aquí.

RAFAEL.— Ella pasará el resto de su vida luchando consigo misma. Piensa que tú y yo somos mejores que todo esto.

PEPO.— Solo pienso en que... es mi hermana. (*Sale después de darle una palmada en el hombro.*)

MIGUEL.— Cambucha no volvió a clases. *(Se ve al fondo a Cambucha despedirse de Pepo en lo que parece ser un aeropuerto.)* Pude enamorarme perdidamente de la muchacha... y hoy formaría parte de todo este lío racial. No es que quiera llamarle así a algo tan serio, pero cada vez que lo pienso, me acuerdo de mi padre español, rico, un mercader pomposo y soberbio que presumía de ser puro descendiente de conquistadores y trataba a mi madre puertorriqueña como a una esclava. Esa hidalguía española, esa pureza de sangre, nos ha costado demasiado a todos. *(Rafael se despide de Cambucha también.)* Cuando Rafael, muy indignado, me contó todo lo que pasaba entre Pepo y Cambucha, empecé a admirar al amigo íntegro, entero, luchador como su padre, esperanzado en un mundo nuevo, en un humano nuevo. Pero yo no tengo su valor, los miedos me apolillan. Soy un hombre común. Lo sé... Rafael, no. Rafael tuvo el increíble valor... de casarse con Carola.

Entra Carola y Rafael, de la mano. Carola es "bellísima" a fuerza de salones de belleza, "blanquísima", rica, engreída, caprichosa y soberbia. Entran al baile de bomba donde la Mulata los recibe, y los timbaleros le tocan alguna tonada que ellos bailan entre los que allí se encuentran. Carola se ve profundamente enamorada, y Rafael también. Carola le enseña la sortija a la Mulata, que los felicita sinceramente. Carola

toma a Rafael de la mano y salen. La Mulata los ve irse, mueve sus faldas hacia Miguel. Lo rodea. En lo más intenso de su baile y mientras Miguel observa por dónde la pareja se ha ido... cierra la bomba con un repique iracundo.

MIGUEL.— La pregunta es... quién cambió a quién.

V

Se ilumina la casa de Carola, que fuma, mirando el paisaje, como por una ventana. Rafael la contempla con gran admiración.

CAROLA.— ¿Convenciste a papá?

RAFAEL.— Discutimos un rato y...

CAROLA.— Y al final dijo que sí.

RAFAEL.— Ya tú lo sabías.

CAROLA.— (*Ríe.*) ¡No! No había visto a papá en.... días. En realidad, no tuve que verlo para saber que aceptaría.

RAFAEL.— Para mi fue una sorpresa. Conozco este periódico, Carola.

CAROLA.— ¿No te dije una vez que papá soy yo? Y también te advertí que "el camino más corto para dar a conocer tus ideas es... papá". Le haremos cambiar la política de este periódico que tanto detestas. Podrás escribir lo que te dé la gana. Eres su yerno. Y ahí tienes.

RAFAEL.— Le hablé largo tiempo sobre los prejuicios de clase y de raza y cómo nos deforman. Y le propuse....

Vamos, le pedí, que me diera sus páginas para luchar por el progreso humano.

CAROLA.— Eres un romancón. Y un cursi. Pero me gustas así.

RAFAEL.— Soy un romántico y tú también lo eres. ¿No escuchas tu propio corazón pidiendo su libertad? Eso hacemos los románticos.

CAROLA.— Los ilusos.

RAFAEL.— Los luchadores. Y tú lucharás conmigo. Trabajarás conmigo por el mundo nuevo.

CAROLA.— Sí. Lucharemos por él. Ricos y pobres, blancos y no blancos somos iguales.

RAFAEL.— Humanos todos.

CAROLA.— Iguales ante la ley. *(Lo abraza.)*

RAFAEL.— *(Apartándola un poco.)* La ley podría ser una mentira. Ante nosotros mismos. *(Pausa.)* ¡Dilo!

CAROLA.— Iguales ante nosotros mismos. *(Pausa.)*

RAFAEL.— Eres una persona buena, Carola. *(Carola ríe secamente.)* Y yo también seré bueno contigo.

CAROLA.— Pues sé bueno y dame un hijo.

RAFAEL.— ¿Cómo?

CAROLA.— Que quiero tener un hijo. Contigo. ¿Es mucho pedir?

RAFAEL.— *(Rafael se desprende de Carola lentamente.)* No había pensado... Acabamos de casarnos. Esperemos un tiempo.

CAROLA.— ¿Un tiempo para qué? Quiero un hijo ahora.

RAFAEL.— Un hijo exige muchos cuidados, tiempo, dinero...

CAROLA.— Tengo todo el tiempo, todo el dinero y todos los cuidados del mundo. ¿No quieres tener un hijo conmigo?

RAFAEL.— No es eso, Carola... Caramba, esta discusión es tan común, que... yo tengo...

CAROLA.— Será todo lo común que quieras, pero es deber de toda esposa tener un hijo del hombre que ama. ¿Por qué me lo niegas?

RAFAEL.— ¡Nadie dice que eso tiene que ser así! Que una esposa tiene que ser esto o aquello, o que una persona tiene que obligarse a... Empecemos de cero. Soñamos un mundo nuevo, un mundo de justicia, no de leyes, ni tradiciones imbéciles, ni obligaciones autoimpuestas que a la larga....

CAROLA.— ¿A la larga qué, señor socialista?

RAFAEL.— *(Pausa. Agarra el sarcasmo.)* Necesito concentrar en mis artículos.

CAROLA.— Es eso. No es esa otra cosa filosófica y hueca. Es eso. Tus artículos.

RAFAEL.— Te lo niego un tiempo. Uno, dos años.

CAROLA.— *(Muy seria.)* Soy mujer. Lo necesito. *(Pausa. Más seria todavía.)* Mi felicidad depende de eso. *(Pausa.)* Vamos. No seas egoísta. Piensa en mí también. *(Lo besa, manipulando aniñada.)* Cuando estás lejos me siento muy sola. Un niño me llenaría las horas muertas. *(Pausa.)* No me lo niegues. *(Pausa, modosa.)* Rafael... esa es la mejor manera de amarme. ¿Me amas?

RAFAEL.— *(Pausa. La besa en la frente.). ¡Un hijo! El humano nuevo, Carola... (Se abrazan en visible confusión.) Carola....*

VI

Los mulatos de la bomba se pasan un periódico.

MIGUEL.— Y aparecieron los artículos. Rafael defendía en ellos la igualdad entre los seres humanos y proponía un nuevo orden social basado en la hermandad absoluta, sin poderes opresores, ni contradicciones sociales, y la abolición inmediata de todo nuestro sistema racista. Increíble. Los aburguesados lectores no podían creer que Don Esteban auspiciara semejantes artículos... Pero al periódico le convenía parecer liberal. No mucho, pero una dosis de simulada liberalidad ponía los grandes intereses del lado del pueblo y eso, como quiera que se mire, aunque es una hipocresía, es una gran estrategia de venta. Y como le ocurre a toda la prensa, el populismo vende. Y en tiempos de guerra ni se diga. Y aquí estamos en guerra. No solo en la Colina Kelly en Corea con su caravana de muertos del 65 de Infantería, también Albizu Campos ha levantado sus tropas nacionalistas contra el gobierno militar americano, y las pugnas sociales entre blancos y negros han influido hasta en el mismo Gobernador. Y no olvidemos que Albizu Campos es negro. *(Mira a la Mulata.)* Como tú.

MULATA.— Y como tú. *(Repique. Miguel asiente.)*

VII

Don Esteban es un hombre pequeño, pero de gran fortaleza física. Mandón y zorro. Acostumbrado a triunfar en la selva de los negocios. Una silla. Don Esteban fuma de una pipa.

DON ESTEBAN.— Rafa, hijo. Siéntate. Tenemos que hablar seriamente.

RAFAEL.— Usted dirá, Don Esteban.

DON ESTEBAN.— ¿Cómo está mi nieto?

RAFAEL.— Está muy bien, pero no es de mi hijo de lo que usted quiere hablarme.

DON ESTEBAN.— ¿Y mi hija?

RAFAEL.— Controlándolo todo. Digna hija de su padre.

DON ESTEBAN.— Y tú, ¿estás contento?

RAFAEL.— Más que contento... asombrado.

DON ESTEBAN.— Debes estarlo. Ese niño tiene un porvenir brillantísimo. Ese será mi heredero. Todo esto será suyo y si lo sabe manejar, el mundo será suyo.

RAFAEL.— Ya preguntará por el mundo...

DON ESTEBAN.— Sí. ¡Este mundo lleno de víboras! ¡Víboras! ¡Canallas! ¡Malnacíos!

RAFAEL.— ¿Qué pasó?

DON ESTEBAN.— (*Acalorándose progresivamente.*) ¡Casi nada! Que la morralla nos quiere ahogar.

RAFAEL.— ¿A qué cosa llama usted "la morralla"?

DON ESTEBAN.— ¿Sabes lo que hizo ayer uno de esos malditos negros que tú tanto defiendes en mi periódico?

RAFAEL.— No lo sé, cuénteme.

DON ESTEBAN.— Conoces a Mendoza, el gallego dueño del Hotel Caribe, el Hotel que tiene ese salón de Baile muy concurrido, ahí en el Condado.

RAFAEL.— De vista, sí.

DON ESTEBAN.— Pues un sucio negro, un apestoso negro ha demandado a Mendoza por no dejarlo entrar a su salón de baile.

RAFAEL.— No es justo que se le niegue la entrada.

DON ESTEBAN.— Los negros a su sitio.

RAFAEL.— Pero por lo que me cuenta, no ha sido el...

DON ESTEBAN.— ¡Hasta con etiqueta estaba vestido el maldito! Iba con una blanquita hija de un abarrotero que se cree que porque tiene algunas pesetas, puede comprar su entrada en cualquier sitio. No señor, ni con dinero ni sin él, los negros para el fangal.

RAFAEL.— Mi madre era mulata, Don Esteban.

DON ESTEBAN.— ¡Tú eres blanco!... Uno es blanco cuando tiene la piel blanca y el pelo lacio. Tu sitio está con nosotros. Pero ese apestoso atrevido debe aprender a guardar su sitio.

RAFAEL.— ¿Y cuál es ese sitio?

DON ESTEBAN.— ¡El suyo! ¿Cuál va a ser?

RAFAEL.— Yo no creo en esas divisiones.

DON ESTEBAN.— Pues yo sí. Con todas las fuerzas de mi ser. Es una lucha que acepto.

RAFAEL.— Una lucha de un color de piel contra otro.

DON ESTEBAN.— No es tan sencillo.

RAFAEL.— (*Levantándose.*) Supongo que se trata de poder.

DON ESTEBAN.— ¿Poder? Mira la reacción del Sindicato. Esos sí son abusadores también.

RAFAEL.— ¿Qué le hizo el Sindicato?

DON ESTEBAN.— ¡Tres abogados le están pagando al sucio negro ese! Y amenazaron con retirar los empleados del Hotel de Mendoza. ¿A dónde vamos a parar? Dentro de unos años viviremos en una mezcla inmundia. Pobres y tiznados queriendo entrar donde no pueden entrar.

RAFAEL.— ¿Y de quién es la culpa?

DON ESTEBAN.— Aquí debe mandar el blanco de arriba. El de buena familia.

RAFAEL.— A los de abajo no les repugna mezclarse. ¿Por qué a usted sí?

DON ESTEBAN.— Existe un orden, muchacho. Un sistema. Si no sostenemos el sistema, esos africanos nos comerán vivos en sus calderos. (*Rafael ríe.*) Estoy hablando muy en serio.

RAFAEL.— Perdone, pero esa imagen de los africanos con los huesitos en el pelo, cocinándole a usted en un caldero es muy graciosa.

DON ESTEBAN.— (*Muy serio. Rafael se calma.*) ¿Acaso me estoy riendo, muchacho?

RAFAEL.— No. Me imagino cuánto le afecta. Mendoza es uno de nuestros mejores clientes, pues deja miles por los anuncios de su Hotel en nuestras páginas.

DON ESTEBAN.— Los negros son responsables de la ruina que se vislumbra.

RAFAEL.— ¿Qué ruina?

DON ESTEBAN.— ¡Qué sé yo! La ruina de los negocios.

RAFAEL.— Nunca hemos tenido tantas ganancias.

DON ESTEBAN.— ¡Inventaremos la ruina!

RAFAEL.— Usted no espera que yo coopere con esa mentira.

DON ESTEBAN.— ¡No! Tú no sirves para eso. Tú eres un soñador. Escribe de música, de teatro, de esas cosas que a nadie le importan.

RAFAEL.— No le importen a usted.

DON ESTEBAN.— No. No me importan. Pero sí voy a pedirte que suspendas la zarandaja del “humano maravilloso” ese del que tantos escribes. Desde mañana abrimos fuego contra esos apestosos negros que ...

RAFAEL.— Que nos van a comer en sus calderos. (*Don Esteban lo mira de puñal.*) Lo dijo usted.

DON ESTEBAN.— Ya mi nieto es un adolescente. Y es muy despierto e inteligente como yo. Desde mañana me lo empiezas a traer para irle enseñando como se maneja este periódico.

RAFAEL.— Rafaelito es quien debe decidir lo que hará con su vida.

DON ESTEBAN.— Rafaelito es hijo de Carola. Más de Carola que tuyo. Ella lo parió. Puedes irte. (*Don Esteban se sienta, toma un periódico y se sienta en la silla que estaba sentado Rafael.*)

Rafael permanece inmóvil, con gran angustia en su rostro. Miguel se le acerca y le mira con gran pena.

VIII

MIGUEL.— Rafael dejó de escribir un tiempo, pero meses después comenzó a publicar pueriles reseñas de teatro y literatura que nadie leía. ¿Qué había sucedido? Nunca me atreví preguntarle y respeté su silencio. Concluí por pensar que todos los hombres, cuando el poder los aplasta, dejan de soñar. Y se beben su propio fracaso.

Vemos a Rafael servirse de un pequeño “secretaire” con barra, muy fino, del que saca una botella y un vaso. Empuja unos dedos de licor quemante, mientras musita en revisión, algunos renglones. Los firma, y se queda absorto mirando la pluma con que lo ha hecho.

Entra Tomás, quien contará unos cincuenta años, pero una vida de privaciones le hace aparentar sesenta. Su cabellera emblanquecida corona un cuerpo de ébano rugoso. El peso de sus frustraciones le ha llenado de estoica pesadumbre.

TOMÁS.— Don Rafael, son casi las siete. Perdóneme, pero usted dirá si no le molesta que yo limpie aunque esté usted aquí. Es que ya mismo tengo que irme.

RAFAEL.— ¿Las siete ya? (*Mira su reloj de muñeca.*) Mi mujer me va a matar. Ya me iba, haz lo que tengas que hacer.

TOMÁS.— Gracias, señor.

RAFAEL.— ¿Y cómo está tu hija Carmencita? Me dijeron los muchachos de la prensa que estaba muy malita. ¿Qué edad tiene ya?

TOMÁS.— 16 años. Y sí, señor. Está enferma.

RAFAEL.— ¿La vio un médico?

TOMÁS.— Por fin conseguí uno antier y la miró por encimita. Le mandaron unos análisis y eso. Estoy esperando que Don Esteban me pague, pa' llevarla. Usted sabe como son los médicos. Hay que ver.

RAFAEL.— ¿Pero qué tiene?

TOMÁS.— (*Tomás lo mira fijo, con algo de vergüenza.*) Hambres amontonás.

RAFAEL.— (*Rafael saca unos pesos de su cartera .*) Toma.

TOMÁS.— No tiene que hacer eso.

RAFAEL.— Me dices si necesitas más.

TOMÁS.— Le dije que no hace falta.

RAFAEL.— No son para ti, son para tu hija. Tómalos.

TOMÁS.— ¡Usted es otra cosa! Ningún blanco de este periódico...

RAFAEL.— Pero, ¿qué tiene que ver el color de mi piel? Yo no me siento blanco ni negro. Me siento humano y aunque te dé otra impresión, me obliga la igualdad. Y con la igualdad no se discute, Tomás. Quiero que sane tu hija. Yo también tengo un hijo, de la misma edad de Carmencita.

TOMÁS.— Es que... Don Rafael, hay rencores que no se olvidan. A veces me sorprendo odiando. Sin querer. Yo no quiero odiar. Pero veo la injusticia. El pobre muriéndose de hambre. Y si es negro está uno todavía más arrinconao. Llego a esta oficina (*señalando el pecho.*) con veneno aquí... Entonces lo oigo a usted, veo como me trata siempre. (*Pausa.*) Yo le aprecio de veras.

RAFAEL.— (*Rafael le ofrece la mano a Tomás quien la estrecha turbado.*) Don Eleuterio Derkes, uno de los más importantes intelectuales negros de nuestro país, escribió una frase que siempre me repito.

TOMÁS.— ¿Cuál es?

RAFAEL.— “El amor todo lo iguala”.

TOMÁS.— (*La repite.*) “El amor todo lo iguala”. (*Asombrado.*) ¿Y eso lo dijo un negro puertorriqueño?

RAFAEL.— Sí. Apréndela. Tan pronto tu hija se cure la llevaremos a pasear con mi hijo. Iremos los cuatro, tú y yo. Es una promesa. No la olvides.

TOMÁS.— Usted no se olvide que es Dios quien ordena que unos sufran y otros no.

RAFAEL.— Dios no existe, Tomás.

TOMÁS.— ¿Cómo?

RAFAEL.— Ningún Dios “bueno” separaría a los humanos por un color de piel. Y ningún Dios piadoso permitiría que los blancos lincharan y quemaran a los negros como lo hacen allá, en los Estados Unidos.

TOMÁS.— Usted me confunde.

RAFAEL.— No. Te confundió la religión. Tu Dios eres tú. Y ahora me voy. Tengo que acompañar a Carola a un

baile de esos que.... Bueno, ya tú sabes. Me moriré del aburrimiento. Nos vemos el lunes, Tomás. Lleva a Carmencita a hacerse esos análisis. *(Apura el trago que le queda en el vaso y sale.)*

Miguel se adelanta al centro del proskenio a medida que el despacho desaparece. La Muleta observa desde el balcón del Café del Mar.

MIGUEL.— Por las tardes, Rafael se detenía en mi librería. Siempre compraba algo y luego a las seis, nos íbamos al Café del Mar a darnos unos tragos y a filosofar. Y a recordar los años de estudiantes, de las luchas sociales... y a veces se quedaba callado, mirando las olas, enamorado de la tristeza. Ayer tarde no se detuvo. Ni anteayer. En ambas ocasiones le vi subir a su automóvil a las siete de la noche y perderse en las calles atestadas de vehículos. Me hubiera gustado hablar con él y entregarle un libro que me encargó. Pensé que Rafael no se había detenido por razones poéticas. *(Con un suspiro.)* ¡Ah! Las razones poéticas.! Jamás habría imaginado lo que viví después, ¡un cuento de hadas! *(Pausa larga.)*

IX

Se escucha un bolero de bailable de los sensuales años 50.

Se ilumina un rincón del salón de baile con varias parejas que se acomodan a bailar y entra Lidia quien se dirige a una mesa con teléfono.

Lidia trae una copa de coctel en la mano. Apura un sorbo, mira la copa y luego la pone sobre la mesa. Marca un número. Lidia viste un lujoso traje de baile. Su experiencia y sus gestos revelan la mujer de la clase media alta.

Al lado contrario de la escena, suena el timbre telefónico en otra mesa de teléfono. Carola entra por la puerta del fondo a contestar la llamada. Viste un costoso traje de baile.

CAROLA.— ¡Aló!

LIDIA.— ¿Carola?

CAROLA.— ¡Sí! Casi no puedo oírla por la música, ¿quién es?

LIDIA.— Es Lidia, ¡Lidia! ¡Tú prima! Espera, déjame cerrar una puerta. *(Se mueve un poco lejos del baile. La música decrece y las parejas del baile se vuelven sombras.)*
Ya.

CAROLA.— Me imagino que estás gozando de lo lindo.

LIDIA.— *(Sorprendida por el tono de Carola.)* Pues sí. *(Pausa breve.)* Te pierdes un baile estupendo. Hay más idiotas que de costumbre.

CAROLA.— Por lo menos luces tu traje.

LIDIA.— Oye. Pero, ¿no vienes? Todos te están esperando... y a Rafa.

CAROLA.— ¿A la una de la mañana? ¿Sin mi marido?

LIDIA.— ¿No ha llegado? (*Circumspecta.*) Algo le habrá pasado.

CAROLA.— El mundo está lleno de mujeres muy baratas, niña.

LIDIA.— Escucha. Puedo asegurarte que Rafael no es capaz.

CAROLA.— Yo lo conocí rodeado de mujeres.

LIDIA.— Compañeras de estudios.

CAROLA.— ¡No seas ingenua, prima!... Son perras realengas en busca de hombres.

LIDIA.— Es un derecho de las mujeres ir tras el hombre que le guste.

CAROLA.— Eso y una prostituta es casi lo mismo, Lidia. Y las mujeres así son cucarachas de pueblo chico, como las que se juntaban con él. Por cierto, bastantes oscuritas de piel. Rafael no distingue colores.

La Mulata, que estaba recostada sobre la baranda, se yergue enojada.

LIDIA.— Pero ¿de qué hablas?, si en la familia nuestra hay todo un arcoíris, niña. Y en la línea de las canelas, a mí se me nota a leguas.

CAROLA.— ¡Tú eres blanca, cállate y no digas más! Tienes mi apellido. Te has contaminado con las ideas de Rafael.

LIDIA.— Con tanto abuelo vivo es ridículo hablar de sangre...

CAROLA.— ¡Ya! Hablas como mi marido.

LIDIA.— Trabajo en el periódico. Algo siempre se pega.

CAROLA.— Ya Rafael me tiene cansada y aburrida.

LIDIA.— Tu marido es un gran hombre. Deja ya esas inseguridades.

CAROLA.— Yo no estoy insegura. A Rafael es muy fácil controlarlo.

LIDIA.— Carola, no se oye bonito eso de una mujer querer controlar a los hombres.

CAROLA.— Yo lo salvaré de la gentuza.

LIDIA.— Bueno, ya... cuando llegue, lo perdonas y vienen al baile que ya mismo entra en lo mejor. La música está muy brava y hay mucha gente que...

Perdónalo cuando llegue.

CAROLA.— No voy al baile, Lidia. No me esperes. Y él que se prepare.

LIDIA.— No seas histérica, por Dios. Te dejas dominar por la histeria.

CAROLA.— Bastante me sacrifico.

LIDIA.— ¿Tú? Tú lo tienes todo, niña.

CAROLA.— Antes me divertía, pero él metido en sus libros y en sus artículos... ya me aburrí de la casa y de las tiendas. Otras mujeres saben aprovechar los amigos del marido.

LIDIA.— ¡Qué estás diciendo, loca!

CAROLA.— Rafael no agradece mis sacrificios. Por él tuve que alternar con esa gentuza que nos odia. Y fingir que sentía como ellos. Pero a él poco le falta para traerlas a comer en nuestra mesa.

LIDIA.— Salte de ti misma. Trata de comprender.

CAROLA.— Yo soy como soy.

LIDIA.— Y ¿por qué te enamoraste de él entonces?

CAROLA.— Por que soy una mujer que lo quiere todo. Sí, se que se oye feo, pero es la verdad. Y pensé que Rafael tenía todo lo que yo aspiraba.

LIDIA.— Espero no le estés enseñando eso a tu hijo.

CAROLA.— ¡Quiero todo lo que es él, sus pensamientos, sus silencios, su atención, quiero que me comprenda y me complazca, Lidia... lo quiero todo, y si no lo tengo no me interesa ya.

LIDIA.— Tu estás loca de atar. ¡Rafael te ama y te respeta!

CAROLA.— Pues yo no siento ese amor, prima, no lo siento y me... *(Se emociona.)*

LIDIA.— ¿Y quién puede controlar los pensamientos ajenos? Sólo podemos aspirar a que un loco poeta pase por nuestra vida ¡aunque sea una sola vez! ¡Y disfrutar con él mientras dure ese amor nacido de la poesía! Los hombres comunes pisotean las ilusiones. No seas una mujer común, Carola. *(Pausa. Saca un pañuelo del seno.)* Pocas mujeres han tenido tu suerte. Piensa en la mía. *(Seca un asomo de lágrimas.)* Un desperdicio de vida. Salgo y mariposeo con imbéciles. Nunca he tenido un día de auténtico de ese amor poético por el que yo daría mi alma entera.

CAROLA.— Pues yo quiero a Rafael. Lo quiero mío y en mi mundo.

Rafael se asoma en la sombra.

CAROLA.— Prima querida, no creo que ya me interese ir al baile para el que llevo dos días preparándome y

buscando el traje perfecto. Rafael acaba de llegar... seguiremos hablando de esto mañana. No dejes de llamarme. Chao. *(Cuelga. Mira a Rafael.)*

La luz sobre Lidia, se paga muy lenta. Mientras ella respira hondo y grave. Sale.

CAROLA.— *(Mirando el reloj de pulsera.)*. Es la una menos tres minutos. *(Sale enfurecida.)*

X

Don Esteban se acerca a Lidia.

DON ESTEBAN.— No te vi llegar. ¿Dónde estabas?

LIDIA.— Estaba con unos amigos, llegué hace poco.

DON ESTEBAN.— Bueno, ¿y Carola y Rafael? ¿Vienen?

LIDIA.— No.

DON ESTEBAN.— ¡Bah! Lo imaginaba. A ese muchacho le patina el coco.

LIDIA.— ¿Tú crees, tío? *(Apura un sorbo de coctel.)*

DON ESTEBAN.— Lo que sí creo es que fui muy débil con Carola. Debí oponerme a que se casara con ese iluso. Ella ha debido casarse con un hombre de nuestra clase.

LIDIA.— Los hombres de tu clase, tío... no son muy hombres.

DON ESTEBAN.— Tú eres una renegada. No paras de darle dolores de cabeza a la familia.

LIDIA.— Ay, tío, la moral de nuestra clase... ¡Nuestra clase! *(Don Esteban le ofrece un cigarrillo y se lo enciende. Mientras fuma, Lidia se pasea con el trago.)* Esta clase nuestra engañó y mató para tener poder y dinero. Midió el prestigio de la gente por su la libreta de banco. Escupió al pobre y besó las sucias botas del rico. ¡Ah! Y critica constantemente a los primos menos blancos porque no los puede controlar.

DON ESTEBAN.— Eres la hija de mi hermana, a quien no le perdono todavía que se haya casado con aquel... *(Lidia espera la palabra.)* Si te critico es porque te aprecio.

LIDIA.— ...y usa la palabra “negro” o “mulato” para insultar, marginar, y humillar a los que no beben blanqueador por galones, como beben tú y Carola.

DON ESTEBAN.— Yo no bebo blanqueador. Respeta a tus mayores.

LIDIA.— Me dan asco. *(Apura un sorbo.)*

DON ESTEBAN.— ¿Y a ti que te pasa ahora? ¿Estás borracha? *(Lidia asiente con una sonrisa cínica.)* Tú que desde niña aprendiste que el dinero es dueño y señor del mundo. Y que prestigia a quien sabe ganárselo. Hasta la gente de color se prestigia con él. ¿Por qué ahora te damos asco los que lo tenemos? Tú también tienes.

LIDIA.— Nuestro mundo se hunde, querido tío. Y nosotros con él... si no liberamos lo mejor de nosotros. *(Sale.)*

DON ESTEBAN.— ¡Definitivamente! Esa locura se contagia.

XI

CAROLA.— Rafael... ¿estás ahí? Sal de esa sombra.

RAFAEL.— *(Como si despertara.)* ¡Ah!... *(Pausa.)* Perdóname. He llegado como en un sueño.

CAROLA.— ¿Sí?

RAFAEL.— En el puente, la cabeza comenzó a darme vueltas, y de pronto se me nubló la vista. *(Pausa.)* Luego...

CAROLA.— Déjate de mentiras. ¿Dónde estabas?

RAFAEL.— Pues... dónde voy a estar. En el periódico.

CAROLA.— Llamé a las ocho y habías salido.

RAFAEL.— ¿Cuándo? ¿A las ocho? Las ocho son ahora.

CAROLA.— Eres un descarado. *(Pausa.)*

RAFAEL.— ¿Y qué hora es?

CAROLA.— Mira tu reloj. ¿Las ocho de la noche o la una de la mañana?

RAFAEL.— *(Alzando la vista.)* ¡No puede ser! Te aseguro que salí de la oficina hará... hará una hora. A las siete.

CAROLA.— Pues si los celos no me confunden mi matemática, te has tardado seis horas en llegar por una carreta por la que apenas te toma media hora en llegar aquí.

RAFAEL.— Salí de la redacción hará una hora. Hable unos minutos con Tomás y...

CAROLA.— ¿Quién es Tomás?

RAFAEL.— Tomás tiene a su hija Carmencita muy enferma.

CAROLA.— Ah, el negro conserje. Okey. ¿Y con quién te encontraste después?

RAFAEL.— Sólo recuerdo un malestar... y las luces girando frente a mis ojos.

CAROLA.— ¿No recuerdas si eran las luces de un café?

RAFAEL.— ¿Las luces?...

CAROLA.— Cuando se baila parecen dar vueltas...

RAFAEL.— (*La mira con angustia.*) Carola... por favor.

CAROLA.— Pudiste llamar y decir que no venías.

RAFAEL.— ¡Rafaelito! ¿Está dormido?

CAROLA.— ...o no comprometerte a ir al baile con tu mujer legítima. ¡Pude ahorrarme este maldito traje!

RAFAEL.— Baja la voz. Rafaelito no debe oír.

CAROLA.— ¡Que oiga! Así conocerá al hipócrita de su padre.

RAFAEL.— Escúchame. No entré a la librería de Miguel con la idea de avanzar. Pero por segunda vez me sucede algo extraño.

CAROLA.— ¡Oh! ¡Sí! El hada te encantó por segunda vez.

RAFAEL.— ¿Quieres que te diga lo que me pasó o prefieres seguir imaginándote cosas?

CAROLA.— Pudiste quedarte con esa perrita realenga.

RAFAEL.— ¿De qué hablas?

CAROLA.— ¿Qué importaba aburrirme ¡una vez más! entre tus libros absurdos y pesados?

RAFAEL.— Anoche traté de explicarte y fue inútil. Noto que esta vez tendré menos suerte.

CAROLA.— Dios, ¿por qué me mandaste un hombre tan mentiroso?

RAFAEL.— (*La toma por los hombros.*) Esta noche sufrí un mareo, creo que tuve un síncope o algo parecido.

CAROLA.— ¡Farsante! Mentiroso, maldito...

RAFAEL.— ¡Ya basta de esto! ¡Estoy harto!

CAROLA.— ¿Ahora eres tú el que te quejas? ¿Tú?... ¿A quién yo salvé de esa gentuza con la que te juntabas? ¡Yo te salvé y ahora regresas a ella como si yo y tu hijo no te importáramos para nada!

RAFAEL.— No te pedí que me salvaras. Te invité a combatir los prejuicios de raza y los privilegios de clase.

CAROLA.— ¡La pose del redentor antirracista! Un blanco luchando en favor de los negros. Es cosa de burla. A mí me da mucha gracia esa hipocresía.

RAFAEL.— Entonces no hablabas así. Me alentabas. Compartías mi lucha. *(Pausa.)* Pero bastó un hijo para que la verdadera Carola se quedara realmente desnuda ante mis ojos.

CAROLA.— A ti nunca te importó lo que yo pensaba.

RAFAEL.— Pues entonces la de la pose fuiste tú, porque esta mujer tan vana y tan cruel no es la Carola que yo conocí.

CAROLA.— Vivir entre nosotros te prestigia. Y el prestigio de clase abre muchas puertas. También conquista la voluntad de las mujeres... como esa sucia perra con la que debes haber estado esta noche.

RAFAEL.— ¿De verás crees qué estaba con otra mujer?

CAROLA.— Si existe otra, Rafael... soy capaz de...

RAFAEL.— ¡No existe!

CAROLA.— Nuestro hijo perderá a su padre...

RAFAEL.— *(Vuelve los ojos hacia Carola y la mira con expresión perdida.)* ¡La amenaza de siempre! ¡Una y cien veces repetida para tronchar mí voluntad!

CAROLA.— La ley te permitirá verlo dos o tres veces al año.

RAFAEL.— El alma de un niño por el lujo de tenerme.

CAROLA.— (*Secamente.*) ¡Hasta mañana! (*Va a salir.*)

RAFAEL.— ¡Carola!

CAROLA.— (*De espaldas a Rafael.*) ¿Qué quieres?

RAFAEL.— (*Oprimiendo sus pensamientos.*) Recuerda estas palabras. He decidido no importar para mi alma. Por nada que me salve de esta muerte; pero dejo mi hijo a tu merced.

CAROLA.— Conmigo tiene seguros el dinero y una posición social.

RAFAEL.— Si no lucha por el hombre maravilloso que estrangulamos, no tendrá nada en la vida.

CAROLA.— ¡Bah!

RAFAEL.— Es la única forma de redimir nuestras culpas sociales. Y él, como joven inteligente que es y como hombre luchador que será, él asumirá su responsabilidad.

CAROLA.— ¿Terminaste?

RAFAEL.— No. (*Pausa. Se le acerca.*) Hablaré con Miguel. Quizás Miguel me haya visto en algún punto de la ciudad.

CAROLA.— (*Con desprecio.*) ¡Miguel! (*Pausa.*)

RAFAEL.— Veré un médico si es necesario. ¿Sabes que se pierde la memoria por horas? ¿Por días? Hay quien la pierde para siempre.

CAROLA.— Yo también debería perderla y lanzarme por esas calles con un hombre joven, guapo y que no sea tan aburrido como tú.

RAFAEL.— Siempre te mides por el poder de los demás. Esta vez de una mujer que no existe.

CAROLA.— ¿Más poder que yo? ¿Contigo? ¡No! Contigo... ¡no! Hay muchas maneras de poder. Una puede por esto, (*señala su cuerpo.*) ... o una puede por otras razones. Digamos... porque la corte no te concede...

RAFAEL.— (*Sin poderse contener.*) ¡Eres una arpía!

CAROLA.— ¿Nos divorciamos entonces?

RAFAEL.— Quiero poner mi mente en orden.

CAROLA.— Te daré un solo día para decidirlo. No más. Y si lo decides, Rafaelito se va conmigo. (*Sale.*)

XII

Rafael permanece pensativo unos segundos. Evidentemente trata de recordar.

De pronto hace un movimiento de sorpresa hacia las sombras de las que él salió. al vacío.

RAFAEL.— Rafaelito, ¿eres tú? ¿Te despertamos? (*La sombra no contesta.*) ¿Quién es usted? (*Pausa.*) ¡¿Quién es usted?!

Se escucha el repicar de los tambores, mientras detrás de la "sombra" del hombre sale la Mulata, que en mitad baile y mitad expresión corporal, se deja ir en la imagen de Miguel que se acerca a Rafael, ambos frente a frente en el proscenio.

RAFAEL.— Perdona la hora. Pensé que estarías llegando del baile.

MIGUEL.— De allí vengo. Te has perdido un... ¿Qué te pasa?
¿Te peleaste con Carola?

RAFAEL.— Quería confirmar si estoy despierto.

MIGUEL.— ¿Cómo?

RAFAEL.— No sé si estoy despierto.

MIGUEL.— Después de 15 tragos de whisky americano, yo tampoco sé si lo estoy.

RAFAEL.— No bromeo, Miguel. He llegado a pensar que mi razón...

MIGUEL.— ¿Qué estás loco? ¡Bueno! Siempre lo has estado.
¿Cómo se llama la interfecta?

RAFAEL.— No se trata de mujeres. Es mi cabeza. No puedo precisar. No...

MIGUEL.— ¿Qué es lo que no puedes precisar?

RAFAEL.— Hace unos minutos me.... Me miraba en mi interior, como en un espejo. Y en lugar de verme yo...

MIGUEL.— ¿Qué?

RAFAEL.— Vi otra persona.

MIGUEL.— Tú y yo somos bebedores desde adolescentes...

RAFAEL.— Te repito que estoy sobrio.

MIGUEL.— Okey. Sigue... viste un fantasma. *(Le busca los bolsillos y le roba un cigarrillo, lo enciende y se aleja un poco de él mirándolo con curiosidad.)* Sigue.

RAFAEL.— No sé cómo decirte esto... perdí la conciencia por horas y horas. Cuando salí de la redacción, he debido desmayarme. No recuerdo el camino entre los puentes y mi casa. Dime si me viste salir del periódico. Tu libre-ría está frente a la puerta de la redacción, tú o tus empleados debieron haberme visto.

MIGUEL.— Yo te vi. Pensé que ibas a buscar a Carola y a prepararte para ir al baile, yo cerré la librería y me fui a hacer lo mismo, pero cuando no te vi en el baile... pues. No conocemos, Rafael. Y soy muy discreto con la vida privada de mis amigos.

RAFAEL.— Y luego, ¿me viste en algún punto de la ciudad?

MIGUEL.— Hablamos mañana.

RAFAEL.— ¡Miguel! ¡Dime algo!

MIGUEL.— No insistas. Estoy borracho. Nos veremos mañana por la nochecita en el Café del Mar.

RAFAEL.— ¿Y antes?

MIGUEL.— Es sábado, Rafa. Tengo que dormir, y quizá Margarita venga a almorzar conmigo y luego... ya sabes. (*Se encoge de hombros.*) A la hora mágica, en el Café del Mar. Ese atardecer playero nos despejará a los dos.

RAFAEL.— ¡Hasta mañana, entonces!

MIGUEL.— ¡Vete a dormir! Si es que Carola no te mandó al sofá. Chao. (*Sale.*)

Rafael medita unos segundos y luego saca su cajetilla de cigarrillos de la chaqueta, toma uno y lo lleva a la boca. Busca su encendedor en el mismo bolsillo. No lo halla e intenta en otro. En su lugar extrae un fino pañuelo de mujer. El cigarrillo se le cae de la boca. Examina el pañuelo con gran curiosidad en busca de una inicial, la encuentra y la mira con gran sorpresa mientras los timbaleros arrecian y la mulata se le aparece y le baila frente a los tambores. Al final, muy cerca de él,

le dispara un interesante chasquido de sus dedos y la luz se apaga de un tirón.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

MUERTO EN VIDA

SEGUNDO ACTO

I

El repique de la bomba en un sicá muy triste, trae a la Mulata y del brazo suyo, viene Cambucha con una pequeña maleta. En otra esquina del escenario la espera Pepo. La Mulata se la entrega, a Pepo. Cambucha, temerosa, lo mira bajando la cabeza. Su vergüenza es horrible.

PEPO.— ¿Cuánto tiempo ha pasado?

CAMBUCHA.— Mucho. Pero aquí estoy.

PEPO.— Tienes el pelo muy tostado y hasta tienes algunas canas, hermanita.

CAMBUCHA.— Tenía que mantenerlo alisado todo el tiempo. Empezó a caerse.

PEPO.— Como todo lo que es falso. ¿No que te habías casado? Mamá dijo que eras feliz, y se murió pensando que lo eras. ¿Por qué regresaste?

PEPO.— No tenía dónde ir.

PEPO.— ¿Tuviste hijos?

CAMBUCHA.— No. Él nunca quiso.

PEPO.— ¿Por qué?

CAMBUCHA.— Por que se enteró de donde vengo. Unas puertorriqueñas que me conocían se lo dijeron. Y yo no pude... no pude sostener la mentira. Me estaba volviendo loca. Esos americanos no respetan a nadie.

PEPO.— ¿Pero no trataste de arreglar las cosas? Hacerlo entender, abrir su mente o su corazón.

CAMBUCHA.— La mitad del mundo no tiene ninguna de esas dos cosas.

PEPO.— ¿Te engañaba con otras mujeres? Dime, ¿te golpeaba?

CAMBUCHA.— Ese fue el precio de mi sueño.

PEPO.— Un sueño que se te hizo pesadilla.

CAMBUCHA.— Regresé, ¿no te basta?

PEPO.— No es a mí a quien tiene que...

CAMBUCHA.— Me equivoqué. No soy perfecta, Pepo. Ese infeliz me llenó la cabeza de sueños. Me obligó a irme con él a ese país frío y sin alma. ¿Cuánto más podía esconderme de mi misma? Y no me consuela que cientos de nosotras estemos en una situación parecida. El gringo viene, se obsesiona con las puertorriqueñas y después que nos usa, ni por ahí te pudras. No somos suficientemente blancas. Yo dejé todo atrás por ese hombre. Y antes de volverme loca...

PEPO.— Desde la Universidad te andabas escondiendo.

CAMBUCHA.— Tenía que hacerlo. Prejuicio allá, prejuicio aquí. ¿Qué más da? Yo solo quería mi pequeñita migaja de felicidad. ¿Es mucho pedir?

PEPO.— Yo no sé donde estaba tu felicidad, pero en la mentira no era. (*Cambucha llora.*) No llores. Llorar no sirve.

CAMBUCHA.— Déjame llorar. Si lo único que recibiré de ti después de tanto tiempo, es reproche y queja... déjame llorar en lo que encuentro de verdad quién soy. Buscaré un trabajo, alquilaré un lugar —yo que no sé hacer nada porque todo lo controlaba él— trataré de empezar de nuevo.

PEPO.— Eres mi hermana y nunca dejé de amarte.

CAMBUCHA.— No hay emoción más hermosa que sentir cómo el origen se te repite en alma, aunque hagas esfuerzos terribles por huir de él. Es algo que vive siempre, aunque hayas tratado de matarlo con tu hipocresía. No sabes cuántas veces soñé con esta playa, con esta música, contigo, con mamá. Fue cuando me dije que los sueños rotos se arreglan. Uno no los tira como basura. Se arreglan con algo de voluntad y respeto por una misma. Tengo sangre negra en mis venas, Pepo. Siempre la tuve, aunque me cortara esas mismas venas negándolo. Podrás culparme de lo que tú quieras, de haber sido una mentirosa o una estúpida, pero al menos dame el mérito de haber abierto los ojos y de haberlo hecho por mi misma.

PEPO.— Recibiendo los golpes de un maldito gringo.

CAMBUCHA.— Perdóname, Pepo. Por todo lo que te hice sufrir.

PEPO.— No tengo nada que perdonarte. Vas a vivir conmigo ahora. Con mi esposa, y mi hijo. Y te advierto... son más negros que yo. Bienvenida a tu casa.

Salen de escena, mientras la Mulata los despide. Y con un repique, termina la escena al mismo tiempo que salta de una vellonera una romántica canción “Enamorada” de Olga Guillot, que la Mulata baila con brillante romanticismo.

II

Luces hechiceras adornan el momento mágico en que el sol cae en el horizonte playero de Isla verde. Se ilumina la terraza norte del Café del Mar. Se escuchan las olas lissonjeras y las gaviotas del atardecer.

Rafael aparece de pie junto a la baranda con los ojos perdidos en el mar. Fuma apaciblemente, pero algo bulle en su alma, mientras mira a la Mulata que le baila en la distancia, con el amarillo sepioso y azul que cae sobre su cuerpo.

Entra Antonio por la derecha con un vaso de whisky en una bandeja. Antonio posee cierta astuta y alegre picardía que le cosecha abundantes propinas.

ANTONIO.— ¿Algo más, don Rafael?

RAFAEL.— No, Antonio, nada más, gracias.

ANTONIO.— Digamos... algunas flores. He recibido unas gardenias bellísimas.

RAFAEL.— ¿Flores? ¿Por qué te sonríes?

ANTONIO.— No me haga caso.

RAFAEL.— Espero por Miguel, ya él te pedirá lo que quiere.

ANTONIO.— ¡Ah! Entonces las flores están demás.

RAFAEL.— ¡Antonio!

ANTONIO.— ¡Señor!

RAFAEL.— ¿Te he pedido flores alguna vez?

ANTONIO.— *(Gesto de que no ha dicho nada y de que no dirá nada.)* No se preocupe. Soy un perfecto entrometido. Usted nunca me ha pedido flores. Pero nunca de más nunca. Nunca.

Rafael hace por detener el mozo, pero se arrepiente. Queda pensativo unos segundos y luego saca de su bolsillo el pañuelo de mujer. Lo contempla con gran curiosidad haciendo evidentes esfuerzos por recordar. Lo guarda, se sienta y apura un trago del whisky. Vuelve la vista hacia el mar.

Entra Antonio seguido de Miguel.

MIGUEL.— ¿Y dónde está mi “barrilito”?

RAFAEL.— Ah... Antonio, un “barrilito” para Miguel.

MIGUEL.— Y que no se me acabe nunca.

ANTONIO.— Otro nunca para usted también.

MIGUEL.— ¡Perdido en las nubes!

RAFAEL.— En el mar esta vez.

MIGUEL.— Qué maravilla de atardecer, esta brisa, la música. Me hace pensar en mi Margarita y no hace una hora que la he dejado en su casa. Debo estar enamorado. ¡Qué espanto!

RAFAEL.— Te habrá extrañado mi visita de anoche. Perdona lo tarde que era, es que...

MIGUEL.— Después de pensarlo no me extrañó tanto. Cuando se uno se pelea con la mujer...

RAFAEL.— ¿Te llamó Carola?

MIGUEL.— Fue a la librería esta mañana. ¡Uf! ¡Cuántas preguntas! Parecía un policía. Peor que Margarita cuando le dan celos de mis escapadas. No temas. Te defendí a brazo partido, pero... creo que no la convencí. Y eso que usé las mejores mentiras literarias que conozco.

RAFAEL.— ¿Por qué razón le mentiste?

MIGUEL.— ¡Hombre! Por tu hijo. A mi, los celos de tu mujer me tienen sin cuidado. Sé lo que es una mujer celosa y en eso tu mujer tiene un doctorado. Yo también he sentido deseos de enterrar a Margarita y ponerle un cerro por lápida cuando se vuelve la “Scherlock Holmes” de mis andanzas.

RAFAEL.— Pero...

MIGUEL.— Escucha.... cuando tuve el asunto aquel con Teresa, la que era mi secretaria, ¿te acuerdas?, estuve a punto de... no mentir. Pero mentí... Margarita me gritó canalla, machista, abusador. Si no tengo un poco de cultura le rompo un florero en la cabeza. Pero me acordé de un amigo mío que es abogado y Senador, que siempre me decía: “niégalo, aunque te agarre en la cama desnudo con ella. Si te agarra, tú le dices que está viendo visiones, que es una alucinación, que no hay ninguna mujer al lado tuyo ni vestida ni desnuda, ¡pero no lo admitas porque te parte un rayo!” Yo lo negué, lo negué y lo negué... Margarita terminó por

creerme y se calmó. Aunque la guerra sigue. No me permite tener secretaria en la maldita librería.

RAFAEL.— Yo no tengo nada que negar ni que admitir.

MIGUEL.— Oye, Rafa. Si quieres a tu hijo, y yo sé cómo lo quieres, resígnate; porque una vez lo confirman, no hay alucinación que valga. Carola confirmó que existe la dama que tú acompañaste anoche.

RAFAEL.— ¿Cómo?

MIGUEL.— Alguien le sopló a Carola que te había visto con ¡bueno!... ¿Cómo la llamo?

RAFAEL.— Como te dé la gana.

MIGUEL.— Bien... le daremos un nombre. Uno misterioso. “La dama X”. Eso es. Pues alguien le sopló a la Gestapo de tu mujer que te había visto en este mismo café con “la dama X”.

RAFAEL.— ¡Imposible, Miguel! ¡Eso es absurdo!

MIGUEL.— Bueno, me obligas a confesártelo. Yo sí te vi. Te había dicho que no, porque odio meterme en las vidas ajenas y tú eres como mi hermano...

RAFAEL.— Tienes que contármelo todo.

MIGUEL.— Ey, soy el dueño de la librería más importante del país, no tengo un fogón de alcapurrias ni me dedico al gacetilleo. Pero sí, te vi cuando ella se montó en tu carro y salieron los dos.

RAFAEL.— ¿Hacia dónde?

MIGUEL.— Yo que sé, yo no te seguí. Iba para el baile. Me imagino que ibas hacia Isla Verde, siempre vienes aquí.

RAFAEL.— Ayer no acompañé a ninguna dama. No era yo.

MIGUEL.— ¡Te vi con ella ayer y anteayer!

RAFAEL.— ¿Ayer y anteayer?

MIGUEL.— ¡Carijo, Rafa! ¡Admítelo de una vez! Es conmigo con quien hablas. Te ves ridículo mintiéndole a quien sabe casi todo de ti.

RAFAEL.— ¿Quién más me vio?

MIGUEL.— Si viniste aquí, pues... Antonio.

RAFAEL.— ¡Antonio!

ANTONIO.— (*Entrando, con el "barrilito".*) Ay, perdonen que me tardé. El cocinero estaba oyendo el juego de béisbol en la radio y el negro Vic Power, nuestro mejor pelotero en las Grandes Ligas, estaba al bate. No pude evitarlo.

RAFAEL.— ¿Por qué tienes que llamarle negro?

ANTONIO.— Porque lo es, Don Rafa.

RAFAEL.— ¿Es el mejor pelotero puertorriqueño porque es negro?

ANTONIO.— Ay, no lo entiendo, discúlpeme.

RAFAEL.— Antonio, ¿yo estuve aquí anoche?

ANTONIO.— ¡Señor! (*Mira a Miguel.*) ¿Lo digo?

MIGUEL.— Habla sin miedo.

ANTONIO.— No es miedo. Es algo con lo cual nació. Y sin lo cual no se debe servir aquí. Se llama discreción.

RAFAEL.— No eres muy discreto si me hablaste de flores cuando llegué.

ANTONIO.— Don Rafael, a veces no puedo contener mi simpática personalidad que se me brota a borbotones. Y ya que usted es como de la casa.

RAFAEL.— ¿Por qué me hablaste de flores?, dime ya.

MIGUEL.— Porque se las pediste.

RAFAEL.— ¿Quién te pidió flores anoche?

ANTONIO.— ¡Su señoría!

MIGUEL.— ¡Toma!

RAFAEL.— ¿Estás seguro?

ANTONIO.— Mire, don Rafael. Le juro que soy una tumba cuando me lo propongo. Hablo delante de Don Miguel porque es su mejor amigo. Pero delante de otras personas no dejaré escapar una sola palabra, nunca nunca de los más nunca. Nunca. ¡Nun... Nun.. nunca! Se lo juro por mi madrecita santa que me está mirando al ladito de Dios.

RAFAEL.— ¿Estás seguro de que era yo?

ANTONIO.— (*Pausa.*) Eh.... Pero no me ponga en duda. Era de noche y la luz de la terraza de noche, ya usted sabe que puede esconder... ¿ahh?, abracitos, caricias, besitos, y....

MIGUEL.— Sabemos. Dí. ¿Era él?

ANTONIO.— Tengo mis canas, pero no estoy ciego. Era usted. Ni más ni menos.

RAFAEL.— Además de pedir flores. ¿Qué más dije?

ANTONIO.— La música no me dejaba escuchar. La vellonera estaba tocando esa misma canción. Es de Olga Guillot, la negra cubana. Perdón, la cubana. ¿La conoce? Me encanta esa canción. Pero no escuché nada.

RAFAEL.— Bueno ¿qué?

ANTONIO.— Pues... vi que...

MIGUEL.— ¡¿QUÉ?!

ANTONIO.— Que ella se recostaba en su pecho y que usted...

RAFAEL y MIGUEL.— ¡¿QUÉ?!

ANTONIO.— Que usted la besaba, (*Rápido.*) Pero le juro que me alejé más rápido que Superman, porque detesto el atrevimiento de ciertos mozos.

RAFAEL.— ¿Y la viste bien? ¿Cómo era?

ANTONIO.— Oh... Oh.... Usted tiene un gusto para las damas, Don Rafael, que es envidiable. Era una mulata perfilada, bellísima...

RAFAEL.— ¿Mulata?

ANTONIO.— ¡Perdón! Una “dama” perfilada.

MIGUEL.— ¿Mulata cómo?

ANTONIO.— A Don Rafael no le gusta que yo me refiera al color de piel de las personas.

RAFAEL.— Pero lo dijiste: “mulata”. ¿Cómo sabes cuando alguien es mulato?

ANTONIO.— Pues... porque se ve, digo. Lo veo.... Me imagino.

MIGUEL.— Hay mulatas que son de piel muy oscura y otras son color canela más claro y criollo. Esas pueden incluso pasar por blancas.

RAFAEL.— El color, Antonio, está en el prejuicio de quien mira.

ANTONIO.— Si usted lo dice. Ella tendría más o menos su edad, no era ninguna niña. Se veía una mujer madura, de experiencia y prestancia. ¡Mucha clase, mucha! Se le notaba en la manera de fumar. Me fascina ver a una mujer fumar mirando al mar. Tienen algo de... poesía. Yo no sé mucho de poesía, de eso sabe usted que es

un gran poeta y escribe en la prensa y eso, pero yo le juro que esa dama era bellísima.

RAFAEL.— ¿Y cuando volviste con las flores...?

ANTONIO.— Usted me dio una propina exagerada sin decir ni esta boca es mía. De paso. No se le ocurran propinas como aquellas. Se justifica por la dama. Pero no me gusta aprovecharme de las personas que aprecio.

RAFAEL.— Algún otro detalle, ¿no te hizo dudar que fuera yo?

ANTONIO.— Déjeme pensar. Lo único... ¡Ya! ¡Ya! Le llamé don Rafael delante de la dama y usted me corrigió. Me dijo que se llamaba “Leonardo”.

RAFAEL.— ¿Leonardo?

MIGUEL.— Cuando syo alía con Teresa me llamaba “el Conde de Montecristo”.

RAFAEL.— ¿Recuerdas el nombre de la dama?

ANTONIO.— Pues... no. No recuerdo que usted la llamara por su nombre y ¡claro! No traté de averiguar. Soy muy discreto en asuntos de mujeres y nunca...

RAFAEL.— Sí... “la dama X”, como la llama Miguel. Si visita de nuevo este café, tú le preguntarás su nombre.

ANTONIO.— Lo que usted pida.

RAFAEL.— Con su letra inicial me basta.

ANTONIO.— Esto parece un cuento de hadas.

MIGUEL.— Mientras más compliques la historia menos vencerás a Carola.

RAFAEL.— Ya sabes.

ANTONIO.— ¡Gracias! ¡Soy una tumba! (*Gesto.*) Nunca diré una palabra, se lo aseguro. Nunca, más nunca de todos los nunca de nunca más, nunca. Con permiso. (*Sale.*)

MIGUEL.— Una mulata. No me asombra.

RAFAEL.— (*Mirando al mar.*) La marea sube y las olas comienzan a batir apacibles contra la arena.

MIGUEL.— Las escucho.

RAFAEL.— Parece que el mar choca contra un tambor inmenso.

MIGUEL.— Deja la poesía para el periódico.

RAFAEL.— Tengo un remolino en la cabeza. No sé si pienso o me veo pensar. Hablo y me escucho distante. Miro mis manos y me parecen ajenas. Tropiezo y tropiezo contra un muro que no existe.

MIGUEL.— Tú necesitas otro whisky. ¡Antonio!

ANTONIO.— (*Entra.*) ¡Señor!

MIGUEL.— Otros dos tragos. Whisky para Rafa y ya tú sabes lo demás.

ANTONIO.— Enseguida. (*Sale.*)

RAFAEL.— Me siento fuera de mí.

MIGUEL.— Comprendo perfectamente tu ánimo. Fiebre de aventura mezclada con remordimientos. He pasado por la enfermedad y no estoy curado del todo. Con el tiempo las mujeres resultan más atractivas y uno tiene que mirarlas. No se puede evitar...

RAFAEL.— No se puede evitar... (*Al tomar el vaso, este se le cae en la mesa porque su mano tiembla.*)

MIGUEL.— Ahora también tendremos que pagar el vaso. Mira, suerte, no se rompió.

RAFAEL.— Tengo escalofríos.

MIGUEL.— Dicen que, a nuestra edad, perseguimos a cualquier mujercita de 18 o 20 años. Repetimos, para tranquilizarnos, que la aventurilla terminará en una semana. ¡Pero los días pasan y la chiquilla tonta nos revela bondades desconocidas! De pronto la vemos envuelta en una luz de maravilla. Comienza la obsesión. Casa, mujer, hijos, se borran del panorama. Una fantástica clase de hipnotismo.

RAFAEL.— Antonio dijo que no era una chiquilla tonta.

Entra Antonio y deja los tragos sobre la mesa. Ve el vaso virado y limpia.

ANTONIO.— No se preocupe por el vaso. Tenemos más. Y más whisky. ¿Quiere otro supongo? *(Miguel le dice que sí. Antonio recoge los vasos.)* Enseguida. *(Sale.)*

MIGUEL.— Un día justificamos el divorcio. O un disparate mayor. El amor es una manía medio tonta. Entonces huimos de la chiquilla. No debemos abandonar la mujer santa y dedicada. ¡Maldita ingratitud!, y si no la disfrazamos, endemonia más que los celos. Pero en las noches, mirando el blanco techo de nuestra habitación, seguimos pensando en la tontita de 18.

RAFAEL.— *(Muy bajito.)* ¿Podrías callarte un momento?

MIGUEL.— Esa mujer nos vivifica. Inspira. Escribimos un par de poemas ¡o hasta una obra de teatro como hice yo una vez! Pero el problema es que no pasa de ahí. La conciencia termina por convertirnos en trapos de hombres. Y un buen día le damos la espalda a la poesía.

RAFAEL.— *(Respirando con fuerza.)* ¡Me asfixio! No puedo más. *(Comienza a temblar incontrolablemente, las manos, la cabeza. Algo grave le sucede a su cuerpo, que contiene a duras penas un quejido. Y de pronto, un estallido de los timbales.)*

MIGUEL.— Tranquilízate, ninguna mujer te arrancará de Rafaelito.

LEONARDO.— *(Levanta la cabeza lentamente y al no comprender su estado, se incorpora con rapidez.)* ¿Dónde estoy? *(Camina hasta el barandal.)* ¿Qué lugar es este?

MIGUEL.— ¿Qué te pasa?

LEONARDO.— *(Con algo de fuerza contenida.)* ¿Dónde estoy?

MIGUEL.— Hombre. En el Café del Mar.

LEONARDO.— ¿Quién es usted?

MIGUEL.— ¿Yo?... El Diablo humanizado. *(Ríe.)*

LEONARDO.— *(Algo gritado.)* ¡Usted! ¿Quién rayos es usted? ¿Quién es?

MIGUEL.— *(Mira ahora con gran susto.)* ¿Qué te pasa?

LEONARDO.— *(Agitado.)* ¿Dónde puedo hablar por teléfono? Pronto. Un teléfono. Necesito un teléfono.

MIGUEL.— ¿Para qué?

LEONARDO.— Ella me puede salvar del otro. *(Mira súbitamente en otra dirección.)* Ya está ahí. *(Pausa.)* Comenzó a reír. *(Se escucha el eco de una risa extraña.)*

MIGUEL.— *(Fuerte.)* ¿Quién?

LEONARDO.— El otro. Me acecha. Me quiere estrangular. Ella me librá de tu maldita brujería. Ella se enfrenta a la vida con la verdad. Tú no. Tú eres un cobarde. Eres

el asesino de mi alma. *(Pausa.)* ¡Pronto! ¡El teléfono! Ella me puede salvar. Ella... ¡No te rías! ¡No te rías! ¡No me robes el alma! *(Leonardo se le desmaya en los brazos de Miguel.)*

MIGUEL.— ¡Rafa! *(En vista de la inmovilidad de Leonardo.)* ¡Antonio! ¡Antonio! *(Rafael mueve la cabeza y hace esfuerzos por levantarla.)* Ya, vamos. Es un pequeño ataque nervioso y nada más. Estas tensiones tuyas. Vamos, siéntate. ¡Antonio!

ANTONIO.— *(Llega de prisa.)* Ordene usted. ¡Don Rafael! ¿Llamo a una ambulancia?

MIGUEL.— ¡No! Algo que le queme la garganta, un café caliente, date prisa. *(Antonio sale.)*

RAFAEL.— *(Alza la cabeza con esfuerzos.)* ¡Ahhh!

MIGUEL.— ¿Me conoces?

RAFAEL.— *(Mirándolo.)* Miguel.

MIGUEL.— Hombre. Tamaño susto.

RAFAEL.— ¿Qué me pasó? El whisky.

MIGUEL.— Ya te lo tomaste todo. *(Antonio llega.)* Tómate este café y te calmarás.

RAFAEL.— *(Se lo bebe de un tirón. Le devuelve la taza.)* ¿Qué hice? ¿Qué dije?

MIGUEL.— Gracias, Antonio.

ANTONIO.— ¿Seguro que no quiere que llame a alguien? A su esposa o algo así... *(Miguel lo mira cínico.)* ¡Nunca a la esposa! No dije nada. Perdón. *(Antonio sale.)*

MIGUEL.— ¿No te acuerdas?

RAFAEL.— No.

MIGUEL.— Te empeñaste en hablar por teléfono. ¿Tienes que hacer alguna llamada?

RAFAEL.— ¡No!

MIGUEL.— Hablaste de una persona empeñada en destruirte. Parece que te agredió o algo así. Debió ser el marido de “la dama X”.

RAFAEL.— ¿La nombré? (*Miguel niega. Rafael extrae de un bolsillo el pañuelo de mujer.*)

MIGUEL.— ¿Eso es de la dama X? Deja ver. (*Examina el pañuelo y descubre la inicial.*) ¡D! Esto es una “D”. (*A Rafael.*) ¿Dora? ¿Diana?

RAFAEL.— Si lo supiera te lo diría.

MIGUEL.— (*Esgrimiendo el pañuelo.*) ¿Te lo regala y no sabes su nombre?

RAFAEL.— Lo descubrí en mi bolsillo anoche.

MIGUEL.— Hay que buscar “la dama D”. Es la única persona que puede aclarar este lío.

RAFAEL.— (*Tomando el pañuelo.*) He querido engañarme dejándome morir... por Rafaelito; ahogué mi sueño del hombre maravilloso. Lo ahogué para salvar a mi hijo de Carola y Don Esteban. Viré la cara a los conflictos de raza, de clase, a los egoísmos individualistas. Cerré los ojos a todas las heridas... Me refugié cobardemente en los libros, en mis artículos. Me negué en el silencio de las noches despiertas. No luché. Y eso me desgarró lo poco que queda de mi mismo.

MIGUEL.— (*Con intención de aconsejarlo.*) Rafael...

RAFAEL.— (*Monologando.*) ¿Tendré que seguir negando lo que soy?

MIGUEL.— Mañana vamos un médico.

RAFAEL.— *(Un silencio para escuchar los lejanos tambores.)*

Sí. Vamos. Acompáñame a casa. No quiero desviarme en el camino.

Rafael comienza a bajar la escalera del Café que da a la playa, donde la Mulata lo espera. Arriba llega Antonio. Y carraspea.

MIGUEL.— Sé me olvidaba. *(Se lleva la mano a la cartera.)*

ANTONIO.— No se preocupe. Con propina o sin ella soy el mismo servidor. Lo importante es que Don Rafael se sienta mejor.

MIGUEL.— Para todos los efectos... no estuvimos aquí.

ANTONIO.— *(Le ofrece dinero.)* Lo negaré hasta la muerte.

MIGUEL.— Nunca estuvimos aquí y sea lo que hayas visto, esto no ha sucedido.

ANTONIO.— ¡Nunca de los nunca! Nunca. No sé de quién me habla. Es más, yo no sé quién es usted. ¿Quién es usted?

MIGUEL.— Sigue escuchando tu juego de pelota. Hasta luego, Antonio.

ANTONIO.— Que haya paz con la media naranja. *(Miguel lo mira de reojo y sale.)* ¿Cuál media naranja? No sé de qué me habla. Chao. *(Sale.)*

Miguel ve a la Mulata y a Rafael. Ella le da vueltas a Rafael, curiosa, alegre.

LA MULATA.— ¿Cómo te llamas?

RAFAEL.— (*Rafael no entiende la súbita muestra de simpatía pero le parece única y lisonjera.*) Rafael. ¿Y tú?

LA MULATA.— Mmm. Rafael.... (*Da unos pasitos al ritmo del tambor.*) No tienes cara de Rafael... No. Tú no te llamas Rafael. Tienes cara de...

MIGUEL.— Vamos. (*Miguel se adelanta e invita a Rafael a salir. Rafael lo sigue.*)

III

Carola y Lidia caminan de prisa. Lidia trata de alcanzarla.

LIDIA.— Espera. Me llevas al trote. ¡Para!

CAROLA.— ¡Ahh! Por algún lado tengo que sacarme la rabia.

LIDIA.— ¿Pero que te pasa? ¡Habla ya! Me citas para desahogarte y luego sales corriendo. Pareces adolescente, niña.

CAROLA.— ¡Me confirmaron mis sospechas!

LIDIA.— No creas todo lo que te cuentan. Esta ciudad es un nido de arañas.

CAROLA.— Los vieron juntos en la orilla del mar.

LIDIA.— ¿Y era Rafael?

CAROLA.— Me copiaron el número de la tablilla. Y quien me lo dijo, lo conoce.

LIDIA.— ¿Por un número de tablilla?

CAROLA.— Es grave, Lidia... yo no puedo soportar...

LIDIA.— Voy a darte un consejo...

CAROLA.— ¡Siempre lo estás defendiendo!

LIDIA.— Te defiende a ti, so tonta. Eres mi familia. Te defiende de un ridículo y tal vez de un gravísimo error que estás a punto de cometer.

CAROLA.— No voy a ceder, Lidia. Ya no más.

LIDIA.— ¡Carola! Un hombre se aleja de su mujer por muchísimas razones.

CAROLA.— ¡Un hombre no se aleja de su esposa nunca! ¡Y menos si se han casado por la Iglesia!

LIDIA.— ¡Ja! Si ha dejado de quererte no hay Vaticano que valga, querida. Y menos Rafael que es más ateo Nietzsche. *(Enciende un cigarrillo y le ofrece uno a Carola.)*

CAROLA.— ¿Que quién?

LIDIA.— *(Como si ella supiera.)* El filósofo Frederic Nietzsche... “Hombre y superhombre”, “El Anticristo”, “Dios ha muerto” ... ¿no fuiste a la Universidad? Ya, no importa. No me hagas caso.

CAROLA.— Haré valer mis derechos.

LIDIA.— Háblale con calma. Ayúdale a confesar. Acabará por decirte si te quiere o no te quiere. Eso es lo único que tienes que saber.

CAROLA.— ¡Qué fácil!

LIDIA.— No, no lo es. Es la jugada más difícil de una mujer.

CAROLA.— Es inútil pedirte consejos.

LIDIA.— Yo en tu lugar le brindaría más amor.

CAROLA.— Pero tú no estás en mi lugar.

LIDIA.— ¡Hazme caso, Carola! Hay pocos hombres como él. Ya no somos niñas, sabemos cuando un hombre vale la pena.

CAROLA.— Rafael no vale ni...

LIDIA.— Te equivocas. Así de confundido o de extraño o de ensimismado, Rafael es un poeta, un soñador. Y el mundo necesita soñadores, no aburridos capitalistas hacedores de dinero y sin sensibilidad.

CAROLA.— ¡Pues si tanto te gusta, te lo regalo!

LIDIA.— Lúchalo. Si no lo haces te arrepentirás.

CAROLA.— Estás loca. Te veré después.

LIDIA.— Me citaste para hablar, ¡pues hablemos!

CAROLA.— ¡Ya no quiero hablar! ¡Adiós!

Lidia se queda sola un instante. La Mulata camina despacio por el fondo. Se miran, se saludan con una sonrisa. Lidia le baila un poco al ritmo del tambor lejano. La Mulata lo celebra con un aplauso modesto. Lidia sale.

IV

La sala de la casa. Una butaca con mesita de teléfono bastará. Llegan Rafael y Miguel. Miguel permanece alejado.

RAFAEL.— ¡Entra! No seas tonto. Carola no se atreverá.

MIGUEL.— ¡Oh! Tú no conoces a las mujeres. Les tengo terror. Rafael; no dejes de ver el médico.

RAFAEL.— Descansaré.

MIGUEL.— Ya sabes. Niégalo aunque te cojan... bueno, niégalo.

RAFAEL.— Mentiré con la verdad.

MIGUEL.— ¡Jm! La mentira es la verdad y la verdad es la mentira. Yo me voy. Chao, hermano.

Rafael lo mira salir. Pausa. Luego saca el pañuelo de mujer y lo contempla. Lo guarda al escuchar a Carola.

CAROLA.— ¿Qué es lo que tienes que negarme esta vez? Te escuché.

RAFAEL.— ¿Y Rafaelito?

CAROLA.— Lo mandé a casa de papá.

RAFAEL.— Mejor.

CAROLA.— ¿Cómo se llama?

RAFAEL.— ¿Quién?

CAROLA.— ¡Esa!...

RAFAEL.— No sé de quién me hablas.

CAROLA.— ¿Dónde vive? Es inútil que mientas. Sólo me falta saber su nombre.

RAFAEL.— ¡Carola! Los necesito.

CAROLA.— ¡Oh! ¿Ahora estás arrepentido?

RAFAEL.— No quiero perderlos.

CAROLA.— En brazos de ella recordarás a Rafaelito.

RAFAEL.— No arriesgues lo que más quiero.

CAROLA.— ¿La quieres más que a tu hijo?

RAFAEL.— Quiero a mi familia.

CAROLA.— Pero la olvidaste muy pronto. Anoche te vieron con ella.

RAFAEL.— ¡Quizás era yo! Quizá no.

CAROLA.— ¡Quizás!

RAFAEL.— Yo también investigué. Creyeron verme.

CAROLA.— ¿Miguel? ¡Ese imbécil!

RAFAEL.— Si era yo, no lo recuerdo... a veces hacemos cosas que olvidamos. Puede ser una enfermedad.

CAROLA.— ¡Niégalo aunque te cojan!

RAFAEL.— Ayúdame. Mañana todo esto será un mal sueño.

CAROLA.— ¿Tú crees?

RAFAEL.— ¡No recuerdo lo que hice! Ayer estuve... estuve como muerto.

CAROLA.— ¡Eres un payaso! Tu hijo pagará las consecuencias.

RAFAEL.— Yo no quiero perder a mi hijo. Ni a ti.

CAROLA.— Pues si vas a pedirme perdón, pídemelo de veras, no porque te convenga o porque tengas miedo de perder a Rafaelito. ¡Suplícame mi perdón! Y confíesamelo todo. ¿Por qué te fuiste con ella? ¿Qué te hice yo para que me engañaras así? Y quiero saber su nombre, dónde vive, desde cuándo la ves, si es blanca o si es una sucia mulata, si estuviste íntimamente con ella... ¡Todo! ¡Quiero saberlo todo! Entonces yo veré si te perdono o no. Es así o nada.

RAFAEL.— ¿Pedirte perdón? ¿Por qué? Si te estoy diciendo la verdad.

CAROLA.— Es inútil hablar contigo. Mañana comenzaré las gestiones para el divorcio.

RAFAEL.— Espera unos días. Tengo que ver a un médico.

CAROLA.— Esta noche me voy a casa de papá. Verás a Rafaelito cuando la corte lo ordene.

RAFAEL.— (*Montando en cólera.*) ¿Quieres que me humille?

CAROLA.— (*En furia.*) ¡Aquí la humillada soy yo!

RAFAEL.— ¡No he hecho nada que te avergüence!

CAROLA.— ¡Estoy harta!

RAFAEL.— ¡Y yo estoy enfermo, Carola!

CAROLA.— Pues vete y cúrate con ella, ¡pero vete ahora mismo! ¡Vete! Tú con ella y yo con Rafaelito.

RAFAEL.— (*Agarrándola por ambos brazos.*) ¿Sabes que esta violencia tiene un límite?

CAROLA.— Suéltame.

RAFAEL.— (*Trata de contener una fuerza poderosa.*) Si oprimiera tu garganta lo sabrías. (*Le acerca su mano al cuello.*) Con apretar mis dedos un poco, nadie podría dudar de tu vanidad de niña malcriada, ni tu perverso afán de poseer por poseer, ni tus odios contra una sangre que llevas en tu sangre. Unos segundos, ¿me oyes?, solo apretar por unos segundos y Rafaelito crecería libre para aceptar su nueva raza. Libre para abolir la esclavitud de tu privilegio blanco.

CAROLA.— ¡Hazlo! Si te atreves. Tú no eres hombre suficiente para eso.

RAFAEL.— ¿No? ¿Y qué hombre es el que quieres para tu vida?

CAROLA.— Hazlo, ¿qué esperas? (*Pausa.*) Ya no importa. Me hiciste fracasar como mujer. Carga con tu culpa.

RAFAEL.— Arriesgas todo por tan poco.

CAROLA.— ¡Mira quién lo dice! El gran soñador socialista. Puras palabras, nada de acción. No tienes valor ni para quitarme del medio.

RAFAEL.— *(Rafael comienza a sentirse posesionado. Agitado, perdido en sí mismo, presa de un dolor profundo que no comprende. Tiembla.)* Carola, no me provokes.

CAROLA.— Eres un guiñapo de hombre. Incapaz de confesar que me engañas con otra mujer. ¡Y pretendes cambiar un país! *(Rafael se contrae de terror.)* Vamos. ¿Por qué no confiesas?

RAFAEL.— *(Bajito.)* Basta ya...

CAROLA.— Yo tuve el valor de subirte a mi clase y soportar tu negra gentuza. ¿Y cómo lo agradeces? Engañándome con otra. ¡Otra que de seguro debe ser una maldita negra! Tú no mereces nada de mí. ¿Lo oyes? Ni ser mi sirviente. ¡Eres un cobarde! ¡Cobarde!

LEONARDO.— *(A los tambores furiosos que se desatan se une la risa cínica en eco del hombre. Hacia otra figura que al parecer le está gritando. Con otra voz.)* ¡No podrás conmigo! Tengo fuerzas para borrarle del mundo. *(Se vuelve a Carola. Se marea un poco.)* ¿Dónde estoy?

CAROLA.— ¡Qué gran actor eres, hombre! Te seguiré tu farsa. Estamos en el Café del Mar.

LEONARDO.— *(Después de mirar a su alrededor.)* ¡No! ¿De quién es esta casa?

CAROLA.— De la sucia negra con la que te ves.

LEONARDO.— *(Ingenuo y confuso.)* ¿Quién?

CAROLA.— ¡Idiota!

LEONARDO.— El batir de los tambores me despertó a la vida. El cielo y el mar me deslumbraron largo tiempo... Traté de recordar. En vano intenté descubrir mi pasado. En vano traté de descifrar mi vida anterior en la ciudad junto al mar. Era un niño nacido hombre. Pero recuerdo tan poco. A partir de mi nacimiento junto al mar, mi vida ha sido un eterno presente de luchas.

CAROLA.— Quizás descubras tu pasado si me dices su nombre, “señor X”.

LEONARDO.— Tengo nombre.

CAROLA.— ¿Cuál?

LEONARDO.— Leonardo.

CAROLA.— Umm. ¿Lo eligió usted?

LEONARDO.— ¡No!

CAROLA.— ¿Quién?

LEONARDO.— (*Iluminándose.*) ¡Ella!

CAROLA.— (*Conteniendo un impulso agresivo.*) ¿Quién?

LEONARDO.— Dinorah. (*Pausa.*)

CAROLA.— Dinorah, ¿eh? (*Pausa.*) ¿Dónde la conoció?

LEONARDO.— Frente al mar.

CAROLA.— ¿Sola?

LEONARDO.— Sola. Fumaba mientras miraba el juego de las olas.

CAROLA.— ¡Qué romántico!

LEONARDO.— Y bailaba con los negros. (*Gesto de asco de Carola.*) Luego le pedí que me guiara por esta ciudad que por ese momento era desconocida para mi.

CAROLA.— ¡Tú conoces San Juan mejor que nadie!

LEONARDO.— He vivido aquí, pero no sé dónde, ni cuándo, ni con quién.

CAROLA.— ¿Y a mí, me recuerda?

RAFAEL.— ¡No!

CAROLA.— Recordará si le ayudo.

LEONARDO.— (*Con angustia.*) ¡No! Anteayer deseaba recordar. Estaba perdido. Sin propósito. Pero hoy no quiero volver atrás. El pasado no me importa. No quiero que exista.

CAROLA.— ¿Por qué?

LEONARDO.— Visité la ciudad con Dinorah. Horrible ciudad.

CAROLA.— ¿Eso piensa Dinorah?

LEONARDO.— Eso me señaló. (*Señalando hacia el teatro.*) Ricos indiferentes a la pobreza. Blancos distanciados de los negros. Prejuicios, negación, separación de almas. Segregación. Seres levantando muros contra ellos mismos. Unas veces por dinero. Otras por el color de la piel. En lucha confusa de odios, desprecios y traiciones, muertos en vida. Náufragos sobre la tierra hermosa que los sustenta.

CAROLA.— Muertos en vida. (*Sonríe irónicamente.*)

LEONARDO.— Su miseria me hizo llorar. Les llamé con un grito. Prediqué. Prediqué. Frente a los valles mi corazón florecía inmensamente. Una fuerza grandiosa me exigía entregarlo. Libre de culpas. Limpio de sombras. Sobre la clase, sobre el dinero, sobre la piel, sobre todo oscuro límite del alma que niega la maravilla del ser humano. (*Volviéndose hacia Carola.*) ¿Comprende ahora? Y no voy a negar esa maravilla.

CAROLA.— ... y perder a la Dinorah que la estimula y la celebra. ¿Por qué no te vas con ella?

LEONARDO.— El otro lo impide. *(Se escucha la risa nuevamente.)* Ahí está otra vez. Odia a este que yo soy. Me persigue, quiere matarme.

CAROLA.— ¿Crees que soy imbécil?

LEONARDO.— Apenas hablo un tiempo con Dinorah, el otro me arrastra... me ahoga. ¿No escucha su risa? *(Al invisible.)* ¡Escúchame! *(Fuerte.)* Esta noche luchamos a muerte. tú y yo. *(Se vuelve y se dirige al teléfono.)*

CAROLA.— ¿A quién llamas?

LEONARDO.— A Dinorah.

CAROLA.— Eso no. ¡Aquí en mi casa no! *(Se abalanza sobre él y le quita el auricular.)*

LEONARDO.— *(Se lo arrebató en forcejeo.)* Tengo que llamar. *(Apartándola con un brazo.)* Usted no entiende. ¡Suelte ese teléfono!

Carola lucha por apoderarse del teléfono. Leonardo, en un giro de los brazos, logra colocar el brazo de Carola tensado a su espalda privándola de movimiento. Ella grita de dolor.

CAROLA.— ¡Suéltame!

LEONARDO.— Créame, señora, que me repugna la violencia. *(Marcando el primer número.)* Es cuestión de vida o muerte. *(Marcando el segundo número.)* ¿No escucha su risa? *(Marcando el tercer número.)* Amenaza destruirme para siempre. *(Marcando el cuarto*

número.) Pero esta noche no me dejaré vencer. (Marcando el quinto número.) Yo quiero vivir. ¡Vivir en libertad! ¡La libertad que él no tendrá nunca!

Suena un timbre telefónico en las sombras de la izquierda. Suena una y otra vez. De súbito entra Lidia a contestar la llamada.

LEONARDO.— *(Apenas Lidia descuelga el audífono.)* ¿Dinorah?

LIDIA.— *(Despacio y suave. Afirma.)* Dinorah.

CAROLA.— *(Grita histéricamente.)* ¡Suéltame, cobarde, canalla, cínico!

LIDIA.— ¿Quién grita?

LEONARDO.— La señora de esta casa.

LIDIA.— ¡Ah!...

CAROLA.— ¡Auxilio, que me mata este hombre!

LIDIA.— Déjala ir. Haz lo que te pido. *(Leonardo la lanza contra la butaca y ella suelta su llanto incontrolable.)*

LEONARDO.— He ... he despertado en una casa desconocida. Sigo perseguido por el otro. Tan pronto lo escuché reírse de mí, intenté llamarte. La señora se opuso y luché con ella. Ahora está tirada en la butaca, mirándome como si me conociera. Y está llorando. No entiendo. Explícame este absurdo.

LIDIA.— ¡Vives lo que te ordena la vida!

LEONARDO.— No comprenden.

LIDIA.— Comprenderán. Yo te escuché... y comprendí.

RAFAEL.— Esa risa...

LIDIA.— No hagas caso. Ven a mi, búscame.

LEONARDO.— Sí.

LIDIA.— Toma tu carro y ven hasta la orilla del mar. Te esperaré donde siempre.

LEONARDO.— (*La risa se hace más fuerte.*) ¡Calla esa maldita risa!

LIDIA.— Repite para ti. Dinorah me sueña. (*Pausa.*) Repítelo.

LEONARDO.— Dinorah me sueña.

LIDIA.— Repítelo. Repítelo con toda tu alma.

LEONARDO.— ¡Dinorah me sueña! (*Saca el pañuelo de Dinorah y lo mira un instante. Cuelga. Para sí.*) ¡Dinorah me sueña! (*Marchando hacia la puerta.*) Dinorah me libera de culpas. Ningún destino estrecho me limita. ¡Mataré a ese otro, mataré todo lo que hay de su odio y de su angustia dentro de mí! No hay cosa más hueca y e inútil que un hombre sin propósito, porque su corazón es el nido de todos los prejuicios, de todas las explotaciones, ¡de todos las tiranías y los crímenes! (*Va a salir.*)

CAROLA.— (*Asustada, ahora de veras.*) ¡Rafael, tú estás enfermo!

LEONARDO.— ¡Nunca me he sentido mejor!

CAROLA.— Nadie llevaría esta absurda mentira tan lejos, si no hubiese en ella algo de verdad. Tú jamás me golpeaste. Tú jamás me habías humillado así, este no eres tú...

LEONARDO.— Sí, señora. Este soy yo. El verdadero y único yo.

CAROLA.— Pero ahora, tienes que sanarte, tienes que pensar en tu hijo.

LEONARDO.— ¿Qué hijo? Yo no tengo hijos.

CAROLA.— Niégame, pero no niegues a tu hijo.

LEONARDO.— Tengo que luchar contra todos los odios y todas las negaciones.

CAROLA.— Rafaelito también te necesita.

LEONARDO.— Hay clases que abolir. Razas que hermanar. Abrir los surcos de la tierra que el hombre ha secado con su odio y sembrar nuevas semillas donde florezca la igualdad. Porque el amor, señora, ¡el amor todo lo iguala! *(Inicia mutis.)*

CAROLA.— ¡Rafael!

LEONARDO.— Rafael no. Leonardo. *(Sale.)*

V

Carola, tras una explosión de terrible llanto, busca a tientas el teléfono y marca un número.

CAROLA.— ¿Miguel? Es Carola. ¡Tienes que buscar a Rafael! Se fue de la casa. *(Histérica.)* ¡está enfermo! ¡No sé lo que le pasa, estaba como loco! No... no sé dónde pudo haber ido. Habló con esa tal “Dinorah”. Esa mujer... No sé si existe o es parte de su locura, pero tienes que ir a buscarlo. Ahora mismo, no te tardes; no, no dijo a dónde. Solo se fue... Yo lo quiero, Miguel. ¡Tú sabes que yo lo quiero! Sí, llamaré a papá. Y a Tomás, sí. Tengo su teléfono en alguna parte. Sí... vamos, no

tardes, por Dios. Búscalo; lo llevaremos al Hospital. ¡Ve, corre! (*Carola cuelga y llorando marca otro número, mientras la luz se desvanece sobre ella.*)

VI

Una extraña música ilumina el mar nuevamente, ya no están los timbaleros, sino la profunda soledad del atardecer marino. La Mulata baila una canción extraña, mística, de lejanos sones africanos. Lidia, hermosa y alucinante, enciende un cigarrillo y recostada de la baranda del Café del Mar mira la plena caída del sol; justo como la primera escena de la obra.

Aparece Leonardo en la terraza del café. Antonio le entrega unas flores. Hace su típico gesto de que no dirá nada y sale. Leonardo las mira con curiosidad y luego mira a Lidia que se voltea a él y lo mira con profundo amor. Le enseña las flores, ella las toma agradecida. Él se acerca ella y tomándola por la cintura la besa en los labios con alguna pasión ilusionada. Ambos, tomados de la mano, bajan la pequeña escalera hacia la arena. Lidia deja caer las flores que la Mulata recoge y huele.

La Mulata, tras una risita amorosa sale tras ellos.

Miguel, a quien le pareció haber visto a Leonardo, se acerca a la escalinata del Café, pero no ve a nadie. Por el lado contrario, entra Don Esteban.

DON ESTEBAN.— ¡Eh! ¿Y tú qué haces aquí?

MIGUEL.— Estoy buscando de Rafael. Carola me pidió...

DON ESTEBAN.— A ti también te llamó, hecha una Magdalena, pidiéndonos buscar al loco de su marido donde quiera que se halla metido. ¡Como si yo no tuviera cosas más urgentes que hacer! ¡Estaba escuchando el juego de béisbol! El negro Vic Power estaba el bate y estoy seguro que iba a rajar esa pelota por la misma mitad.

MIGUEL.— Yo no lo llamaría loco.

DON ESTEBAN.— ¡Es un Don Nadie. Acaba de abandonar a Carola. Mi hija. Heredera de mi fortuna. Un Don Nadie muerto de hambre. Sabe Dios con qué sangre...

MIGUEL.— Rafael nunca negó su otra sangre.

DON ESTEBAN.— Él es blanco. Eso de su madre mulata es un invento. A ciertos tipejos les gusta convertir su color de piel en una bandera de martirio.

MIGUEL.— Rafael no finge. Teme al prejuicio como todos y a veces se reprime de combatirlo por no pelearse con usted ni con Carola, pero nunca negó su pasado.

Entra Tomás por la derecha de la platea.

TOMÁS.— ¡Don Esteban! ¡Don Miguel!

DON ESTEBAN.— Otro sabueso de Carola. A ver. Dime. Supongo que Carola también te llamó a lágrima viva

TOMÁS.— Sí, señor. Me llamo y aquí estoy porque le tengo muchísimo aprecio a Don Rafael.

DON ESTEBAN.— Y todo para buscar aun maldito comunista soñador.

MIGUEL.— Rafael no es comunista. Es socialista.

DON ESTEBAN.— Son la misma basura. Por mí que se lo lleve Ho Chi Min y su recua de locos.

MIGUEL.— No es lo mismo y usted lo sabe muy bien.

DON ESTEBAN.— ¡Bah! Se la pasa entre negros, escritores y comunistas. Algo se le debe haber pegado de esa gen-tuza. ¿Diste con él?

TOMÁS.— Me dicen que estuvo aquí, en este Café del Mar y que luego bajó a la playa seguido de unas personas.

MIGUEL.— Debe estar cerca entonces.

DON ESTEBAN.— Esta noche consultaremos un médico. Si ha perdido la razón...

TOMÁS.— Don Rafael no está loco. Es un ser humano digno. Por eso nadie lo comprende. Porque nos da mucho trabajo entender la dignidad. Nos hemos perdido en nosotros mismos.

DON ESTEBAN.— ¡Otro idiota! Inculto y supersticioso, como todos los negros. Si vivieras en la tierra de tus abuelos serías un brujo.

TOMÁS.— Don Esteban... Tengo muchas razones para dejarme llevar por el resentimiento y el odio. Tantas que usted ni se imagina. Lo entiendo, pero no me da pena por usted.

DON ESTEBAN.— Yo no necesito tu pena. Mi dignidad... está por encima de la tuya.

TOMÁS.— En un país donde los blancos y los hijos nuestros con los blancos, nos arrinconan, mal podemos vivir en

paz. Vea cómo me trata usted. Peor que las bestias. Las bestias no se indignan. No distinguen los insultos de las patadas. Los seres humanos, esos sí. Yo soy un ser humano, distingo el amor de la violencia... pero le perdono... ¿Sabe por qué?...

DON ESTEBAN.— ¡No me interesa nada de lo que dices!

TOMÁS.— Lo perdono porque existe Don Rafael. Don Rafael vino al mundo sin las malas pasiones de gente como usted.

DON ESTEBAN.— No te olvides que eres mi empleado. Fíjate bien cómo me hablas.

TOMÁS.— No hablo diferente a como Don Rafael le ha hablado a usted muchas veces.

DON ESTEBAN.— A él se lo tolero porque es el padre de mi nieto, pero a ti no tengo por qué.

TOMÁS.— Porque soy negro.

DON ESTEBAN.— Me sirves y te pago.

TOMÁS.— Igual que a Don Rafael.

DON ESTEBAN.— No digas más disparates que pueden costarte tu trabajo. Cállate y ayúdame a buscarlo. Tú por allí. Tú por allá. Yo por aquí. (*Tomás permanece inmóvil.*) ¡Muévete, negro! ¿Qué esperas?

Por la terraza entra Leonardo y corriendo, tras él, Antonio, muy preocupado.

ANTONIO.— ¡Don Rafael, espere, por favor, usted está enfermo, espere!

LEONARDO.— ¡Raza mía, humanidad mía! ¡Al fin soy libre!

Luego, desmayándose, va cayendo por la barranda hasta la playa, donde Tomás lo recibe.

TOMÁS.— Don Rafael, vamos, despierte. ¿Qué le pasó?

ANTONIO.— Estaba buscando como loco a una señorita; - pero eso nadie debe saberlo- estaba agitado y lloroso y de pronto, como si algo dentro de él se estuviera rompiendo, lanzó un grito largo de dolor. ¿Usted lo conoce?

TOMÁS.— Sí. Mucho. Llamaremos a una ambulancia. Ayúdeme a sentarlo.

ANTONIO.— Llamaré, ahora mismo. Vengo en seguida.

Entra súbitamente Lidia.

LIDIA.— No... No llames a nadie. Llénenlo a mi carro. Yo me encargo.

TOMÁS.— Don Miguel y Don Esteban están...

LIDIA.— Diles que “Dinorah” se marchó con él. “Dinorah”, no olvides ese nombre. ¡Vamos, Antonio, ayúdame!

Lo van levantando; Tomás los ve irse al tiempo en que mientras se oscurece la escena sobre la Mulata que baila, como si se despojara de un peso muy grande.

La sala de Carola se ilumina lentamente. Rafael, sin conocimiento aún, aparece en el sofá. Carola le pasa una mano por la frente. Lidia, de pie, espera. Miguel, un poco más lejos, reparte sus miradas nervioso. Don Esteban se pasea por detrás de los muebles. Todos los contempla desde el fondo.

DON ESTEBAN.— ¡Es solo un desmayo! ¡Tanto escándalo por un estúpido mareo!

CAROLA.— Papá, ya está bien.

DON ESTEBAN.— Que el médico lo examine y ya. No sé por qué tanto barullo.

CAROLA.— *(Mira a Lidia.)* ¿Por qué no me llamaste cuando pasó esto? ¿Quién te llamó a ti? Yo no te llamé.

LIDIA.— Carola, yo...

MIGUEL.— Yo la llamé para que nos ayudara. *(Pausa.)* Era la que más cerca vivía y pensé que ella podía llamarte y avisarte que lo habíamos encontrado.

LIDIA.— Yo pude haber llegado a tiempo.

MIGUEL.— No tengo la confianza para llamarte.

CAROLA.— Eres el mejor amigo de Rafael. ¡Pudiste...! Ah, olvídalos. Gracias por nada. ¿Y por qué no lo llevaron al hospital?

LIDIA.— Él pidió entre murmullos que lo trajeran aquí.

DON ESTEBAN.— Pues va a tener que ir al hospital aunque no quiera.

CAROLA.— Dijo que no quería ir. No insistas.

DON ESTEBAN.— Hay que enfrentarlo con lo que hizo. ¡Probablemente está borracho! O quién sabe que

demonios se habría fumado. (*Gesto incrédulo de Miguel.*) Si no lo detenemos, estará rodando por las calles como un vagabundo desquiciado todos los días. Y nuestra reputación con él.

CAROLA.— ¡Está enfermo! Tú no le viste salir por esa puerta. Sin reconocerme, ni a mi, ni cuando le hablé de su propio hijo. Esto debe ser muy grave.

DON ESTEBAN.— ¡A mi tiene que explicar quien es la tal “Dinorah” y cómo se ha atrevido a engañarte de esa manera! El sitio donde lo buscamos estaba lleno de negros, había hasta un baile de esa música endemoniada. Mujeres levantándose sus faldas, tongoneos y fresquerías de mulatos... ¿Qué tenía él que ir a buscar allí? Sabe Dios con qué negra se habrá estado mezclando.

CAROLA.— ¡Yo ya le pedí explicaciones, y ya sé que está enfermo. ¡Pero no te doy autoridad para que se les pidas tú!

DON ESTEBAN.— Si no lo echo a patadas de esta casa y del periódico, es porque tú eres una llorona y eres mi hija. ¿Por qué rayos no te buscaste un hombre de tu clase?

CAROLA.— ¡Ya basta, papá! Ya basta de formarme a tu manera. Por ser como tú he perdido todo, he perdido a Rafael, he perdido amigos, he perdido respeto por mi misma. Tu odio por los negros ha lanzado sobre mi una maldición. La maldición de ser una hija obediente y llena de culpa. Y esa culpa me tiene tan enferma como a él. ¡No quiero oír más tu queja de que los negros ensucian tu blanquísimo mundo!

DON ESTEBAN.— ¡Te he enseñado dignidad!

CAROLA.— ¡Qué me importan a mi los negros, qué me importa tu maldito periódico, tu dinero, tu clase! Nada de eso me importa si cada vez que me miro o que hablo siento una profunda vergüenza por mi misma.

DON ESTEBAN.— No es mi culpa que te hayas casado con un mediocre. Con un negro comunista soñador.

LIDIA.— Llegará el día tío, en que esas palabras no serán un insulto.

DON ESTEBAN.— ¿Quieren insultos? ¡Puedo decirlos! Todo el que se mezcle con esa raza inmunda se los merece.

MIGUEL.— Don Esteban, no tiene que hablar de esa manera de Rafael.

DON ESTEBAN.— Hablo como me dé la gana. ¿Quién eres tú para callarme? Te divorcias, nos quedamos con la custodia de Rafaelito y a este imbécil que se vaya a un manicomio donde nadie lo vea, donde no contamine a nadie con su locura.

LIDIA.— Y eres tú quien habla así.... Tú, ¡el aristócrata blanco! El poderoso industrial blanco que mantenía encerrada a la abuela en el cuartucho de atrás.

DON ESTEBAN.— Si no lo hubiera hecho así, no tendría ni una migaja de lo que hoy tengo. me lancé a los negocios, gané dinero, me moví en los círculos sociales más altos, y lo hice por ustedes...

LIDIA.— Por mi no. A mi no me uses de excusa para tu vileza racista.

DON ESTEBAN.— (*A Lidia.*) A ti... sí. A ti, por ser mi sobrina, y porque tu mulato padre te abandonó de niña, para ayudar a mi hermana te pagué los mejores colegios. Te

enseñé las maneras de nuestra clase. Y tú, podrás acusarme, de retirar a mi madre de la sala, pero jamás de olvidarla. Porque la quise, la quise. Me detuvo quererla más... el porvenir de ustedes dos. Tú mi sobrina, tú mi hija. ¡Sangre negra por todas partes! ¡¿Qué demonios querían que hiciera?!

LIDIA.— Nunca te pedí que hicieras nada por mí.

DON ESTEBAN.— ¡Reniegas de tu familia porque reniegas de mí! ¿Y eres tú quien me acusa de racista?

LIDIA.— Tu familia te avergonzaba. ¿Qué más racismo que ese?

DON ESTEBAN.— ¡Tu abuela era blanca! Tú no la puedes recordar.

LIDIA.— La recuerdo. Usaba un pañuelo de colores en la cabeza.

DON ESTEBAN.— ¡Mentira!

LIDIA.— Usted la besaba cuando nadie lo veía.

DON ESTEBAN.— Yo la quise. Tú sabes que la quise.

CAROLA.— ¡La querías porque no te quedaba más remedio!

DON ESTEBAN.— Ya basta de rebajarte tanto para ir tras el sueño de este imbécil. Basta ya de querer ser lo que no son. De hacerle creer a los demás que hay algo de orgullo en llevar la sucia sangre de la esclavitud. Pues sepan que no hay ninguna gloria en eso. ¿Cómo demonios puede alguien sentirse orgulloso de ser esclavo?

MIGUEL.— El orgullo del esclavo nace cuando se libera de gente como usted.

LIDIA.— ¡Bravo!

MIGUEL.— Tú no has dicho nada.

TOMÁS.— No tengo nada que decir, Don Miguel. Estoy tan lejos de toda esta mentira. Don Esteban ni siquiera se siente orgulloso de tener una familia. Yo, que amo a mi familia sobre todas las cosas.... *(Se le acerca y lo mira fijo.)* Lo miro y no veo a un ser humano.

MIGUEL.— ¿Qué ves?

TOMÁS.— Veo una cosa... algo salvaje, mordido y muerto por perros del monte.

DON ESTEBAN.— ¡Tomás! Buen momento para callarte tú también.

MIGUEL.— ¿Por qué tiene él que callarse para escucharlo a usted?

DON ESTEBAN.— Yo quería protegerlas, salvarlas de la maldito mestizaje que mancha a toda una familia y la condena ante los demás. ¿Por qué me culpan? Yo no inventé esta sociedad. Yo no inventé este sistema. Me rijo por él porque me da lo que necesito. Nada más, nada menos.

CAROLA.— Aunque te cueste el amor de los tuyos.

DON ESTEBAN.— ¿Insistes en seguir a Rafael?

CAROLA.— No insisto. Se me hizo tarde. Ya sé que lo perdí.

DON ESTEBAN.— Recuerda que has subido y no ganas nada con bajar. Al contrario. Tropezarás inútilmente contra todos estos seres miserables. Adiós. Rafaelito no debe pasar necesidades. No tiene culpa de tanta idiotez. Aceptarás mi dinero para él y me lo envíes al periódico cuando salga de la escuela, él va a aprender todo sobre mi negocio. No me importa lo que Rafael diga. Ese reino será de Rafaelito y esa es mi última palabra.

El enfermo se levanta de su sueño con algo de dolor en su cabeza. Una respiración profunda y se levanta de la silla. Los mira a todos despacio. Finalmente, a Lidia.

CAROLA.— Rafael, ¿cómo te sientes?

LEONARDO.— Me siento.

CAROLA.— Debes ir al Hospital.

LIDIA.— Has tenido una conmoción muy severa.

DON ESTEBAN.— No le pregunten, ¡llévenlo! Yo asumiré los gastos. Pero que lo vean ahora mismo.

LEONARDO.— No soy yo el que está enfermo.

DON ESTEBAN.— Eso está por verse. Pero si te sientes mejor, tomate una aspirina y ya. Así todos nos podemos ir a dormir. Mañana harás lo que dice tu mujer. Vas al médico y se acabó este vergonzoso asunto.

LEONARDO.— ¿Cuál asunto?

DON ESTEBAN.— ¿Cómo que cuál asunto? Te desmayaste en una playa llena de negros, hablando qué sé yo cuántas sandeces.

RAFAEL.— ¿Y entonces, eso es todo lo que pasará conmigo? ¿Así termina todo?

CAROLA.— No lo sé. Tú lo decides.

MIGUEL.— ¿Podría hablar con Rafael a solas un momento?

DON ESTEBAN.— ¿Qué tienes tú que hablar con él que no podamos escucharlo todos?

MIGUEL.— Don Esteban... he tenido la suficiente paciencia de escuchar todas sus maldiciones sobre esta situación

y he sido mucho más que cortés al tener que soportarlas sin lanzarme encima de usted con toda la violencia de mi indignación. Pero como sé que esto es un asunto familiar, guardaré mi compostura. Solo le pido que no se meta en lo que yo y mi hermano desde la niñez pudiésemos decirnos a esta hora.

CAROLA.— Háblale tú. Ya que a mi no me escucha.

Miguel lo lleva a una esquina de la sala. Sala que él mira con extraña curiosidad.

MIGUEL.— Rafael...

LEONARDO.— *(Sin mirarlo.)* Entonces por aquí empieza la nueva revolución. En el corazón mismo del prejuicio. En su torre de marfil.

MIGUEL.— Mírame un momento. ¿Seguro que no estás fingiendo?

LEONARDO.— Nunca finjo. La humanidad no necesita más mentiras. Simplemente....

MIGUEL.— Simplemente, ¿que?

LEONARDO.— Ya estoy listo.

DON ESTEBAN.— Ah, no. No vas a irte así. Sé que me odias y no me importa. Pero tienes que enfrentar tu responsabilidad como todo un hombre, o mis abogados te lo harán entender.

LEONARDO.— Yo no le odio. Odio todo lo que usted significa.

CAROLA.— He sido una tonta. Malcriada y estúpida. Ciega. Ciega. Incapaz de darme cuenta de que estabas enfermo.

LEONARDO.— Nunca me he sentido mejor. *(Inicia mutis.)*

CAROLA.— ¿Entonces te vas, me abandonas? *(Leonardo se detiene.)* Vete si quieres. Puedo entenderlo... nunca más será como antes. ¿Pero abandonas a tu hijo?

LEONARDO.— ¿Antes? ¿Cuál antes? Si yo acabo de nacer.

CAROLA.— ¡Tu hijo!

LEONARDO.— *(Los mira a todos.)* Mi hijo... mi hijo es toda la humanidad. *(A Lidia.)* ¿Vendrás conmigo?

LIDIA.— A donde hagamos falta.

LEONARDO.— Gracias ... amada Dinorah. Gracias por ayudar mi libertad.

CAROLA.— ¡Pero Rafael...!

LEONARDO.— Rafael no... Leonardo. *(Sale.)*

El repique de tambores revienta en orgulloso son. La Mulata baila liberada. Varias mujeres y hombres se acercan al batey. Leonardo se va a cercando a la playa en un mágico cambio de luces.

LIDIA.— Es hora de sanar la herida de todo un pueblo. Un pueblo dividido y angustiado por no dar la cara a la verdad. Un pueblo con urgencia de espíritus nobles...

Lidia se acerca a Leonardo en medio de la baile. Una ligera caricia de este, le provoca que Lidia bese su mano, como se la besaría a alguien que se admira mucho.

MIGUEL.— Entonces Leonardo predicará en las calles. Las gentes lo reconocerán... lo debieron haber visto en alguna esquina de la ciudad... hablando solo o con su sombra, pidiendo al tiempo que caminase más rápido para que este mal desaparezca.

Entra Pepo y Cambucha.

CAMBUCHA.— ¿Por qué me traes aquí?

PEPO.— Mira a ver si lo reconoces. ¿no te acuerdas de él?

CAMBUCHA.— Sí, era amigo tuyo en la Universidad. Claro que me acuerdo.

MIGUEL.— (Llega a ellos dos.) Y aunque eras muy joven, de mí si te acordarás.

CAMBUCHA.— (Lo mira recordando y le revienta el asombro.) ¡Miguel! ¡Miguel, mi querido amigo! Y a ti que te trajo aquí? Este era tu amigo, verdad.

MIGUEL.— Nuestro amigo.

CAMBUCHA.— ¿Y qué hace?

MIGUEL.— Predica por las calles... pide por la sociedad perfecta... filosofa, habla con el pueblo, hace despertar al ser humano maravilloso que todos estrangulamos alguna vez.

LIDIA.— Un ser humano capaz de amar a todos los humanos, un ser maravilloso, con todo el sol de la justicia en la frente, multiplicándose en pobres y ricos, blancos y negros de todas las religiones, de todos los partidos y credos... ¡Un soñador!

LEONARDO.— (Hablándole con sencillez a las gentes, como un moderno profeta.) A veces la vida puede más que nosotros. Y es locura tratar de ahogarla con nuestros prejuicios. La viviríamos sin vivirla. Una muerte con los ojos abiertos y el corazón palpitante. Yo estuve muerto en vida. Pero aquello no era vida porque decidí ser aquel que traté de matar. Pero la vida verdadera es siempre nacer. Nacer continuamente. Sembrar con más vigor en las grietas más profundas. Bajo la clase y la piel, bajo todas las miserias que nos separan ¡la vida persigue la misma flor!

Leonardo, sentado en la pequeña escalerilla del Café del Mar, da su versión de un nuevo sermón en la montaña. Abraza a Lidia, que se acurruca en él, como una nueva novia.

La luz sobre Carola y Don Esteban se va apagando lentamente.

RAFAEL.— ¡El humano maravilloso nos espera! Tenemos que destruir sus cárceles. Dejar florecer su maravilla. Liberarlo de culpas y agonías. Su vida crea vida. (*Se levanta.*) Y con él se levantará la sociedad perfecta... ..ni ricos, ni pobres, ni blancos, ni negros. Hermanos todos... .. ¡no más humillados, no más ofendidos! La tierra nuestra es el templo del ser maravilloso que nos alienta, ¡Bailemos su música, la música de la más brillante liberación!



*Leonardo, Lidia, Miguel,
Cambucha, Pepo, engarzados
en la Mulata y sus gentes,
celebran su nuevo mensaje,
mientras las garzas del mar y la
fuerza de las olas, va tragán-
dose la enorme fiesta del ser.*

CASO DEL MUERTO EN VIDA

De Francisco Arriví, septiembre de
1950

MUERTO EN VIDA

versión de Roberto Ramos-Perea, marzo de 2022

FRANCISCO ARRIVÍ

(1915-2007)

(Tomado con autorización de la página de la Fundación Nacional
para la Cultura Popular)

El nombre de Don Francisco Arriví estará siempre asociado al quehacer artístico teatral puertorriqueño. Y no es para menos. Su lucha por la conservación y la promoción de las artes escénicas nativas se ha extendido por más 6 décadas a través de los diversos espacios desde donde ha logrado, con su gran visión e ímpetu, importantes cambios en el ámbito teatral boricua.

Nació en el barrio de Santurce en San Juan, el 24 de junio de 1915, en la localidad que llevó por nombre la “Revuelta del Diablo”. Su afición por el teatro comenzó durante su niñez, en el que solía recrear personajes que veía en el cine del Teatro Olimpo y en las obras del Teatro Tapia, lugares a los que iba acompañado con su madre. Posteriormente ingresó a la Escuela Superior Central High, donde, además de a sus asig-naturas, se dedicó a la composición de poemas, a la fotografía y a la

incansable lectura. Tales intereses lo llevaron a destacarse como el poeta de la clase e incluso a ser el redactor del Anuario *El Caribe*. Completó sus estudios secundarios en 1934 dando paso a una nueva etapa en su vida.

En la Universidad de Puerto Rico ingresó al Departamento de Pedagogía donde se especializó en Lengua y Literatura Españolas. En el primer centro docente del País debutó en las tablas al formar parte del coro que dirigió en aquellos tiempos Augusto Rodríguez. Sin embargo, sus labores con el coro se recuerdan por su talento como compositor. Durante su estadía con la coral escribió el que se convertiría en el himno de la Universidad, mejor conocido como “*Cantemos unidos*”. Asimismo, Francisco Arriví compuso temas para más de 10 corales. Luego de completar su bachillerato se trasladó a Ponce, ciudad del sur de Puerto Rico donde laboró como maestro de Español en la Escuela Superior municipal. Allí se mantuvo trabajando desde 1938 hasta el 1941. Durante ese tiempo fundó “*Tinglado Puertorriqueño*”, asociación formada por estudiantes y con la cual llevó a escena las piezas *Club de solteros* y *El diablo se humaniza* ambas de 1940.

Premiado por la Escuela del Aire por su libreto *De la jungla al rascacielo*, comienza a trabajar para dicha institución en 1941. Simultáneamente dirigió para el teatro los dramas *Hilarión* y *Nuestros días* del dramaturgo puertorriqueño Manuel Méndez Ballester. También montó *María Soledad*, su primer drama en tres actos. Luego escribió para las ondas radiales los libretos de *Alma de la leyenda*, *Hacienda Villareal*, *Héroes de la guerra* y *Páginas de nuestra historia*, todas series originales.

A finales de los años 40, Arriví parte hacia la ciudad de Nueva York gracias a la concesión de una beca otorgada por la Fundación Rockefeller y la Universidad de Puerto Rico. En la Gran Urbe estudió drama y comunicaciones en la Columbia University. A su regreso a Puerto Rico inicia un nuevo ciclo para “*Tinglado Puertorriqueño*” montando con la tropa de actores de la Escuela del Aire varias obras. Entre ellas *Alumbramiento* y *Caso del muerto en vida drama* y con el cual experimentó con novedosas técnicas de teatro. Para esa fecha también repuso una de sus obras más populares *Club de solteros*. Poco después ocupó el cargo de director ejecutivo de Radio Emisión Pública de WIPR Radio. Desde su puesto se encargó de darle un nuevo giro a la programación acercándola más al arte dramático. En 1956 comienza a trabajar para el Instituto de Cultura

Puertorriqueña en calidad de miembro de la Junta Asesora de Artes Teatrales y concibiendo la creación del Primer Festival de Teatro Puertorriqueño celebrado en 1958. Para estas fechas escribe y estrena su trilogía racial conocida como “Máscara puertorriqueña”, que incluye *Vejigantes*, *Sirena* y *Bolero y Plena*.

Fue nombrado Director del Programa de Fomento Teatral del mencionado Instituto y bajo su incumbencia desarrolló y dirigió el Primer Seminario de Dramaturgia. En 1980 Don Francisco Arriví dimite de su cargo por presiones de políticas y de salud. Publicó más de 10 poemarios entre los que se encuentran *Isla y Nada*, *Frontera*, *Ciclo de lo ausente* y *Escultor de la sombra* entre otros.

También se han publicado los estudios *Entrada por las raíces, Conciencia puertorriqueña del teatro contemporáneo (1938-1956)* y *Areyto Mayor*.

Arriví será el gestor e impulsor de la creación del Centro de Bellas Artes de Santurce, el más importante complejo de salas teatrales del país. Arriví muere, víctima de sus afecciones cardíacas el 8 de febrero de 2017. Sus documentos, y toda la colección de sus trabajos poéticos y dramáticos pasa a formar parte de los archivos del Instituto Alejandro Tapia y Rivera y sus derechos de autor bajo la supervisión y custodia del dramaturgo Roberto Ramos-Perea, quien fuera su discípulo y amigo.

ROBERTO RAMOS-PEREA

(Foto © Juanky Álvarez.)



Nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 13 de agosto de 1959. Dramaturgo, guionista, director de escena, historiador y sociólogo del teatro y el cine puertorriqueño.

Cursó estudios superiores de Dramaturgia y Actuación en el Insti-

tuto Nacional de Bellas Artes de México, D.F. y prosiguió esos estudios en la Universidad de Puerto Rico. Es Presidente y Director Artístico del Instituto Alejandro Tapia y Rivera.

Fue periodista en los diarios *El Reportero*, *El Vocero*, *El Mundo*, *Puerto Rico Ilustrado* y la *Revista VEA*. Ha estrenado y publicado más de cien obras teatrales en Puerto Rico, Japón, Estados Unidos, España, la República Checa, Polonia, Brasil, Cuba, Venezuela, Argentina, México, Chile, República Dominicana y sus obras han sido traducidas a más de siete idiomas. Ha sido premiado por instituciones nacionales e internacionales como el Ayuntamiento de Sevilla, Casa de las Américas de Cuba, el PEN Club de Puerto Rico, la Fundación Ricardo Alegría, la Medalla Víctor Hugo, la Asociación de Directores de Escena de Japón, el Instituto de Literatura Puertorriqueña y el Ateneo Puertorriqueño.

En diciembre de 1992, el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid, España le otorgó el Premio Tirso de Molina a su obra *Miénteme más*. El Premio Tirso de Molina es el más alto premio que se le ofrece a un dramaturgo de habla hispana en el mundo. La obra se estrenó y se publicó en España. En ese mismo certamen, su obra *Morir de Noche*, quedó entre las seis finalistas escogidas para el premio.

Ha dirigido y escrito las películas puertorriqueñas *Ca llando amores* (1996), *Revolución en el Infierno* (2004), *Después de la Muerte* (2005), *Iraq en mi* (2007), *La llamarada* (2015), *Bienvenido Don Goyito* (2017) y *Vejigantes* (2021) así como el largometraje documental *Tapia: el primer puertorriqueño* (2009).

Trabaja en el *DICCIONARIO DE LA LITERATURA DRAMÁTICA PUERTORRIQUEÑA DEL SIGLO XIX*, el *DICCIONARIO DEL CINE PUERTORRIQUEÑO* y los estudios casuísticos *Historia de la Censura Teatral en Puerto Rico*. Ha publicado, además, como historiador teatral, *Historia de la Nueva Dramaturgia Puertorriqueña*; *Obras Encontradas de Celedonio Luis Nebot de Padilla*; *Obras Completas de Manuel María Sama*, *Literatura Puertorriqueña Negra del siglo XIX escrita por negros*, el tratado biográfico *Tapia: el primer puertorriqueño*, y en preparación los libros *Historia de la intelligentsia puertorriqueña negra* y *Clara Lair: la amante del Gobernador*.

INSTITUTO ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA
Ediciones Tapianas

TÍTULOS PUBLICADOS en 2021-2022.

COLECCIÓN DRAMATURGOS PUERTORRIQUEÑOS

#1 PANDEMIA. *Antología del Teatro Puertorriqueño en tiempos de Pandemia. (2020). Obras de Myrna Casas, Roberto Ramos-Perea, José Luis Ramos Escobar, Teresa Marichal Lugo, Aleyda Morales, Carlos Canales y Candido Tirado.*

COLECCIÓN DRAMÁTICA NACIONAL

#1 AVE SIN RUMBO. *Inspirada en la vida de Sylvia Rexach. De Roberto Rodríguez Suárez y Roberto Ramos-Perea. (1974/2019)*

#2 VIVIR EN LOS TIEMPOS DEL JAIBA de Ivonne Goderich.

#3 MUERTO EN VIDA. De Roberto Ramos-Perea sobre la obra de Francisco Arriví (1951/2022)

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

**NENÉ. Drama Naturalista
de Leonardo Ponce de León. (1908)
LA ÚLTIMA PARADA de Carmen Rivera (2021)**

Esta primera edición **no venal** se logra gracias a
un donativo legislativo de la
Comisión Especial Conjunta
de Fondos Legislativos para Impacto Comunitario.



*El Instituto Alejandro Tapia y Rivera
agradece profundamente esta conseción.*